

Ediciones *Le Monde diplomatique* “el Dipló”

Capital intelectual

Serie La media distancia

SERIE  LA **MEDIA**DISTANCIA

¿Por qué retrocede la izquierda?

Marcelo Leiras
Andrés Malamud
Pablo Stefanoni

Prólogo

Juan Gabriel Tokatlian

LE MONDE
diplomatique

Ci Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2016

Capital Intelectual S. A. edita, también, el periódico mensual

Le Monde diplomatique, edición Cono Sur.

Director: José Natanson

Coordinador de la **Colección Le Monde diplomatique**: Carlos Alfieri

Director de la **Serie La media distancia**: Martín Rodríguez

Corrección: Alfredo Cortés

Diseño de tapa: Cristina Melo

Diagramación de interior: Carlos Torres

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 4872-1300

www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Edición: 2.500 ejemplares

ISBN 978-987-614-519-0

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina

Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Leiras, Marcelo

¿Por que retrocede la izquierda? / Marcelo Leiras, Andrés Malamud,
Pablo Stefanoni; prólogo de Juan Gabriel Tokatlian.

1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.
120 p.; 22 x 15 cm - (La media distancia: 1)

ISBN 978-987-614-519-0

1. Política Latinoamericana. 2. Política Argentina. I. Malamud, Andrés
II. Stefanoni, Pablo III. Tokatlian, Juan Gabriel, prólog. IV. Título.

CDD 320.82

Índice

Presentación

José Natanson y Martín Rodríguez 9

Prólogo

Juan Gabriel Tokatlian 13

Economía y política en los gobiernos de izquierda de América Latina

Marcelo Leiras 21

¿Por qué retrocede la izquierda en América Latina?

Andrés Malamud 47

¿Alba o crepúsculo? Geografías y tensiones del “socialismo del siglo XXI”

Pablo Stefanoni 81

Presentación

José Natanson y Martín Rodríguez

“¿Por qué retrocede la izquierda en América del Sur?”. Lejos de ser una pregunta trágica es una pregunta inquieta y abierta, no apocalíptica, que nos hacemos mientras algunos de esos gobiernos aún gobiernan, y mientras las experiencias (como el caso argentino) de gobiernos liberales alternativos recién comienzan. Es más, en el caso argentino se podría decir que retrocede porque puede retroceder sin salirse del mapa, porque existe una fortaleza democrática que hizo posible tanto el avance como ahora su coyuntural declive electoral. Pero en la mayoría de los casos, si fueron reformadores los gobiernos de izquierda de América del Sur, lo fueron sin dejar de atar su suerte a la suerte general de las fuerzas productivas de cada nación. Petróleo, soja o gas... y soberanía. Es fácil decirlo y pensarlo: se van cuando se acaba el llamado “súper ciclo de los *commodities*”. Pero lo concreto es que aun cuando no estuvo guionada la forma de irrupción de estos gobiernos, tampoco estará guionada su posible salida. No todos retroceden por lo mismo, no todos retroceden del mismo modo, no todos retroceden al mismo tiempo. Los “cortes de clase” del chavismo o el evismo no son iguales a los casos uruguayo, brasileño o argentino. La organización de las bases populares, el rol de las clases medias o el malestar de las viejas/nuevas clases domi-

nantes no ejercen la misma intensidad en cada país. Así entonces, preguntarnos por el retroceso nos obliga a hablar de la naturaleza de esos gobiernos, de sus relatos y conquistas materiales, de sus avances y límites y de sus bases sociales. Nadie retrocede si no ha avanzado, nadie retrocede de la misma forma, nadie asegura la inviolabilidad de los canales institucionales para todos los casos. No es trágica la pregunta, tampoco gratuita. Hemos visto el golpe institucional en Paraguay en 2012, cuando el sistema político alteró definitivamente la salida del presidente Fernando Lugo sin que volara una mosca.

La forma de “retroceso” no es exclusivamente electoral. Muchos de esos gobiernos y sus figuras se ven envueltos en campañas de asedio judicial y mediático, sobre las que, lejos de negar los casos de corrupción, tampoco podemos ignorar su amplificación y los efectos que intentan producir. Diríamos, básicamente, lograr el efecto en la percepción social de que las formas de estas “izquierdas” sólo han sido un simulacro de políticas que encubrieron saqueos programados sobre el erario. Las campañas de difusión de los casos de corrupción tienen sus narrativas prestas a volver indistinguibles “izquierda/populismo” y “corrupción”. Es decir, al inflado relato de estos gobiernos de reformas se contraponen un inflado relato opositor que, si en el primer caso convierte a la obra de gobierno en una mitología bíblica, el contragolpe mediático funge igual de atronador: convierte a toda la experiencia de gobierno en un saqueo velado. Estas campañas de desprestigio son preocupantes cuando pretenden el ocultamiento de las conquistas de derechos alcanzados y la anulación futura de estos derechos bajo la premisa de una “limpieza moral” que será, también, una “limpieza fiscal”. Los gobiernos de izquierda de América del Sur pudieron ser más o menos corruptos, más o menos republicanos, pero innegablemente pusieron en escena las tensiones sociales, permitieron el retorno de mucho de lo que había sido marginado durante los años 90 y ampliaron la base de representación del sis-

tema político. Sin embargo, lo que han empoderado no es tanto a las sociedades sino al mismo Estado. Y esta quizás es también otra clave: el volumen de Estado que han dejado, más que el nivel de organización en la sociedad. Estados que pagan más jubilaciones, que asumen más “gasto social”, que controlan a través de empresas públicas o mixtas la producción y comercialización de la energía, que regulan más las relaciones entre capital y trabajo. Y así. Más Estado y ¿más sociedad?

Se trata de analizar experiencias de izquierda no en sentido universalista —como las experiencias que en los años 60 y 70 exportaban su modelo revolucionario— sino atendiendo cada caso, cada país, cada sistema político, según su particularidad. Gobiernos nacidos de sistemas políticos implosionados, de líderes carismáticos venidos de los márgenes sociales o de partidos populares con décadas de persistencia electoral; es decir, cada país es (y fue) su propio mundo con reglas precisas y puntuales que hacen difícil extrapolar los análisis comparados. Pero los encuentros regionales, los relativos avances institucionales (Mercosur, Unasur) y, sobre todo, las relaciones personales entre los presidentes, constituyeron el relato regional de un auto-percibido “eje del mal”, creado en un marco institucional más o menos previsible, combinado a un momento de transición mundial: la irrupción definitiva de China, el boom del precio de los *commodities*, el crack financiero de 2008 y la presidencia de Obama, el derrumbe español, la Primavera Árabe y su impacto migratorio en Europa y, como corolario de una época, la llegada al Vaticano de un Papa latinoamericano. Un nuevo mundo, ¿una nueva región y nación?

De este modo, y con este libro, pretendemos aportar a la articulación del debate, combinando el balance y la atención para los tiempos que vienen en la pluma de tres lúcidos cientistas como Marcelo Leiras, Andrés Malamud y Pablo Stefanoni, cuyas trayectorias nos aseguran honestidad sin concesiones y el cumpli-

miento del deber intelectual: hacer pensar a los demás. Quienes queremos que haya más justicia social, más libertad y más igualdad en nuestro continente, no dejamos el “análisis crítico” en manos de quienes sólo caricaturizan la experiencia social y estatal de estos años. De esto se trata este libro, primer paso de una serie de publicaciones que formularán una pregunta para disparar muchas posibles respuestas. Con la **serie La media distancia** pretendemos articular un enfoque pausado pero atento sobre temas que consideramos urgentes y, como tales, necesarios de complejizar. Una máxima afirma: “Si estás apurado, vístete despacio”. Al abrigo de esa sabiduría popular iniciamos este proyecto en busca de una mayor solidez, pluralidad y precisión para entender este presente nacional, regional y global, tan cambiante.

¿Una izquierda potencialmente enraizada o apenas intrusa?

Juan Gabriel Tokatlian*

Tres excelentes trabajos desde la ciencia política integran este volumen. Su lectura es hoy indispensable en Argentina a los fines de aproximarse, entender y dilucidar el reciente fenómeno que muchos, en la región y el mundo, han calificado como los gobiernos de la “nueva izquierda”.

Marcelo Leiras, Andrés Malamud y Pablo Stefanoni abordan de manera rigurosa, y con aproximaciones distintas, esa experiencia. Intentaré en estas breves líneas destacar las fortalezas y complementariedades de los ensayos y procuraré, a su turno, hacer unas pocas observaciones finales desde la perspectiva de las relaciones internacionales.

Para bien de los lectores los tres no abusan, como hacen tantos académicos, comunicadores y políticos, del término “populismo”; con justificada razón Leiras llama a esa palabra una “nube venenosa” que conduce –si interpreto bien al autor– a oscurecer más que a esclarecer el análisis. Mencionan, por supuesto, el término pero muy ocasionalmente y jamás como clave interpretativa básica para explicar lo acontecido en los primeros tres lustros del siglo XXI en la región. Malamud, Stefanoni y Leiras optan

* Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Di Tella.

por argumentos politológicos sustantivos, se sirven de un apoyo bibliográfico robusto y recurren a un lenguaje comprensible.

Los autores despliegan un telón de fondo para ubicar el fenómeno de la “nueva izquierda”: concuerdan en tanto miran al pasado para comprender la llegada al gobierno de partidos y coaliciones con esa impronta, pero localizan acentos temporales y temáticos diferentes. Marcelo Leiras remarca la experiencia socio-económica de los noventa y su secuela en términos de desempleo y desigualdad; la reducción de ambos le permite distinguir una nota común que identifica a los gobiernos de la “nueva izquierda”. Andrés Malamud añade un elemento institucional: él destaca la década de los ochenta en virtud del alto número de interrupciones presidenciales y del bajo número de reelecciones presidenciales que entonces ocurrieron si se las compara con las décadas posteriores. Pablo Stefanoni va más atrás aun: subraya el elemento político-discursivo de la “nueva izquierda” que trae reminiscencias (¿esperanzas trucas?) de los setenta. En breve, es probable que se deba tomar un ciclo más largo para comprender cómo, por qué y cuándo emergió esta “nueva izquierda”. Quizás la sumatoria de “décadas perdidas” ofrezca un marco de referencia interesante para ese propósito: el decenio de los setenta significó para Latinoamérica la década perdida en materia de democracia (sólo Costa Rica, Colombia, México y Venezuela tenían elecciones periódicas en medio del apogeo de dictaduras militares y de la violación de los derechos humanos en la gran mayoría de los países); los años ochenta significaron una década perdida en términos económicos (alto endeudamiento, fuerte volatilidad, bajo crecimiento), y los noventa fueron la década perdida en lo social (aumento del desempleo, alza de la inseguridad, mayor empobrecimiento, creciente informalidad y ampliación de la desigualdad).

A su vez, Malamud, Stefanoni y Leiras les otorgan, por igual, un lugar relevante a las dinámicas mundiales, aunque en este

caso también con singularidades en los ejemplos y enfoques utilizados. Malamud, por ejemplo, recalca dos condiciones exógenas que contribuyeron a lo que llama la “perdurabilidad” de los gobiernos de la “nueva izquierda”. Por un lado, están los altos precios internacionales de los principales productos primarios de exportación de la región y por el otro, el auge de Asia y el ascenso de China, en particular. Es evidente que él incorpora asimismo condiciones endógenas, pero lo externo aparece como el *prime mover* que facilitó la prolongación de los mandatos de esos gobiernos. Stefanoni hace hincapié en otra dimensión global y sus consecuencias: el capitalismo neoliberal, no exento de contradicciones pero vigente. Un modelo que impuso severas restricciones que los gobiernos de la “nueva izquierda” no pudieron asimilar ni alterar; apenas resistir y cada vez con menor apoyo socio-político. En Leiras predomina una mirada centrada en las fuerzas y los factores internos; no obstante el componente internacional se expresa mediante un análisis comparado de logros, avances, limitaciones y legados de las diversas orientaciones políticas de la región; las de la “nueva izquierda” y las de gobiernos de derecha. Con datos fácticos y riqueza conceptual los tres trabajos muestran y corroboran el vínculo entre lo doméstico y lo internacional y la necesidad de examinar ambos planos simultánea y dialécticamente.

Pablo Stefanoni, Marcelo Leiras y Andrés Malamud comparten un punto fuerte y central en sus ensayos: el valor de la “nueva izquierda” para la democracia regional. Con sus logros, movilizaciones, avances, tensiones, equívocos y deficiencias, esta reciente experiencia en el área seguramente ha contribuido a lo que Leiras denomina la “supervivencia de la democracia”: en el “haber” de un infrecuente largo ciclo de democracia en toda la región la contribución de la “nueva izquierda” ha sido significativa. Un mérito que podría implicar que la “nueva izquierda” tendría posibilidades de enraizarse en el mapa político de los países del área.

Dicho todo lo anterior, agregó una serie de comentarios que sin duda exceden los ensayos de los autores y que me despiertan inquietud, tanto desde el ángulo académico como político. Habrá que sumar estos estupendos textos a muchos otros por venir. Y en esa dirección, destaco algunos interrogantes, una precisión, una paradoja y una conjetura.

Por ejemplo, habrá que desentrañar hasta qué punto y cómo se alteraron, individual y colectivamente, la matriz social, la matriz política, la matriz económica y la matriz internacional en los países que experimentaron gobiernos de la “nueva izquierda”. En cada caso, ¿se transformó y cuánto, si lo hizo, el orden social? ¿Se modificó y cuánto, si lo hizo, el esquema político? ¿Se alteró y cuánto, si lo hizo, el modelo productivo? ¿Se varió y cuánto, si lo hizo, la inserción externa? Se sostiene que se disminuyó la pobreza, ¿pero cuán sólida o frágil es la situación de los actores que pudieron ascender socialmente en años recientes? Se destaca que el avance en materia de empleo fue fundamental, ¿pero cuánto fortaleció ello a los sindicatos, por ejemplo? Se creció a tasas importantes, ¿pero cuánto contribuyó ello a mejorar los indicadores en términos de innovación científica y tecnológica? Se aumentó, en grados diversos, el papel del Estado, ¿pero cuánto de ello impulsó un fortalecimiento de las capacidades estatales? Se ensayaron distintas variedades de democracia, ¿pero cuánto se elevó la calidad de las instituciones? Las preguntas podrían continuar y multiplicarse. El punto que deseo enfatizar es que a politólogos, sociólogos, economistas e internacionalistas, entre otros, nos resta emprender una tarea crucial y desafiante: ponderar el legado de la “nueva izquierda” en términos estructurales y de largo plazo. De este modo podremos discernir si esta “nueva izquierda” tiene chances de resurgir *aggiornada* o si resultará apenas una intrusa en la vida política de varios países.

El interés por la precisión responde a una doble cuestión. Por una parte, el asunto de la “nueva izquierda” es esencialmente su-

americano más que latinoamericano. Es verdad que académicos de América Latina y el Caribe estudian y reflexionan sobre este fenómeno, como también lo hacen muchos colegas de Europa. Sin embargo, la “experiencia” concreta de la “nueva izquierda” se dio en Suramérica. Ni México, ni los países centroamericanos, ni Cuba ni República Dominicana vivieron la llegada al gobierno y la puesta en marcha de políticas públicas de la “nueva izquierda”. Delimitar el espacio específico de despliegue de esa experiencia es importante. Se inserta, posiblemente, en algo sobre lo cual descansaba una distinción que se hizo en la década de los ochenta y que se ha preservado (excesivamente a mi parecer) entre especialistas latinoamericanos, estadounidenses y europeos: esto es, la diferencia entre una América del Sur (del Canal de Panamá hacia abajo) más diversificada y con mayores márgenes relativos de autonomía y una América del Norte (México, Centroamérica, el Caribe insular y Canadá) centrada, en múltiples ámbitos, en torno a Estados Unidos y, por lo tanto, más condicionada en varios frentes por Washington. Habrá que examinar y evaluar si esa impronta geopolítica, junto con las modificaciones globales (en especial, la atención de Estados Unidos en muchos “puntos calientes” luego del 11 de septiembre de 2001, así como el gradual *power shift* de Occidente a Oriente acelerado con la recesión en Estados Unidos y Europa después de sus respectivas crisis económicas), facilitaron, de algún modo, el arribo de la “nueva izquierda” al gobierno. Y por otra parte, el repliegue en unos casos, y la derrota en otros, de la “nueva izquierda” se produce cuando aquella distinción tan categórica va perdiendo vigencia. Hoy se observa un “mosaico” latinoamericano en el que las líneas de corte, los ejes ordenadores y los modos de articulación son más intrincados y heterogéneos. Complejidad que lleva a preguntarse acerca de cuál es la especificidad suramericana hoy.

Hay una paradoja, en clave de política exterior, que caracterizó a los gobiernos de la “nueva izquierda” y que, de cierta ma-

nera, muestra que el componente nacionalista gravitó más que el progresista. En efecto, el espíritu asociativo en América del Sur fue paulatino y notable a lo largo de la última década: ampliación de los miembros del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), creación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), establecimiento del Consejo de Defensa Sudamericano (CSD), lanzamiento de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IRSA), constitución de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), respaldo para la gestación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y aporte de efectivos a la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH). Sin embargo, ni la integración ni el regionalismo en Suramérica se consolidaron o reforzaron. El resultado de la disonancia entre lo proclamado y erigido, por un lado, y lo alcanzado y asegurado, por el otro, ha contribuido a la dispersión y al estancamiento. Y estos déficits parecen coadyuvar a que los gobiernos que suceden, y los que aspiran a suceder, a las administraciones de la “nueva izquierda” anuncien una rápida reorientación de la política exterior. En realidad, continuamos necesitando un cuadro más refinado acerca de quiénes y cómo, en cada país, respaldan, obstaculizan o ignoran los procesos de integración.

Finalmente, una conjetura. La reflexión sobre el futuro de América Latina necesita localizarse en un plano más amplio. Si una nueva “nueva izquierda” aspira al gobierno deberá contar con una mirada realista y razonable que entrelace y estime lo que acontece en el tablero de las relaciones inter-estatales, el de la política mundial (que trasciende el papel del Estado e incorpora distintos actores no gubernamentales), el de las instituciones (y regímenes) internacionales y el de la política doméstica. En esos cuatro niveles hoy aumentan y se entrecruzan los desencuentros, las fricciones, las pugnas y los disensos de diversa índole. Si esta

afirmación resulta verosímil, entonces la izquierda por venir tendrá que repensar su programa político, económico y social: la experiencia vivida deja lecciones. Habrá que ver si el progresismo regional las capitaliza.

Marcelo Leiras, director del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de San Andrés e investigador independiente del Conicet.

Economía y política en los gobiernos de izquierda de América Latina

No estoy convencido de la existencia de una ola de izquierda en América Latina. La idea no me convencía hace diez años, cuando parecía estar en auge. No me convence ahora, cuando aparenta retroceder. La generalización me suena superficial y apresurada. Pasa por alto diferencias entre los gobiernos a los que se les aplica el mote que, creo, son importantes. No distingue la coincidencia circunstancial de procesos dentro de los países de la difusión de ideas y de políticas saltando las fronteras entre los países. Me cuesta aplicar el mismo rótulo a Ricardo Lagos y a Hugo Chávez. Entiendo que tanto Evo Morales como Dilma Rousseff son distintos de los políticos de derecha pero también me parecen grandes las diferencias entre ellos dos (1). Puedo imaginarme qué encuentros y qué lecturas facilitaron en otras épocas la difusión de los diagnósticos económicos de la CEPAL, de los movimientos insurreccionales o de los credos neoliberales. Con la misma facilidad puedo aceptar que los argumentos y la gimnasia de resistencia a las políticas de ajuste y a ese enemigo impersonal que se llama “globalización” promovieron el avance de líderes como

1 Así como son grandes las diferencias entre los gobiernos encabezados por Rafael Correa, Evo Morales y Hugo Chávez, tal como lo retrata en detalle y con claridad Pablo Stefanoni en este libro.

Rafael Correa o Morales o dieron motivos a muchas organizaciones para apoyar a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Me cuesta más pensar que esas experiencias tengan algún origen común con los gobiernos encabezados por los presidentes socialistas en Chile o los del Frente Amplio uruguayo.

Para mí, el síntoma más revelador de la endeblez de esta generalización es la frecuencia con la que se distinguía, hace años, antes de que se extendiera sobre todos los gobiernos débiles la palabra “populismo”, esa nube venenosa, antes de que la oposición de derecha ganara la elección argentina, antes de que estallara la coalición de respaldo al PT en Brasil, antes del descalabro del gobierno venezolano, entre izquierdas republicanas, socialdemócratas, moderadas, buenas e izquierdas autoritarias, personalistas, irresponsables, malas. Me parecía que la distinción estaba motivada más por intereses y deseos políticos, por el afán de neutralizar a las izquierdas malas, que por el deseo de entender. Y concluía, entonces, que si distintos fenómenos responden a distintos propósitos políticos, usar la misma palabra para nombrarlos no puede estar bien.

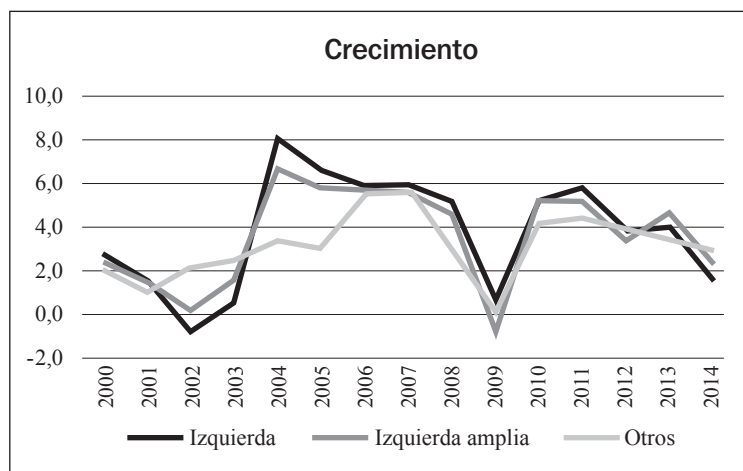
Pero la etiqueta sobrevivió muchos años e innumerables discusiones. La supervivencia me llevó a revisar mi escepticismo. Si esta distinción entre izquierda y derecha tuviera potencia denotativa, uno esperaría encontrar algún contraste marcado entre los países que estuvieron bajo gobiernos de uno y otro signo. Armé gráficos (2) con datos sociales y económicos entre 2000 y 2014, esperando que la comparación no revelara ninguna diferencia notoria. Me sorprendió encontrar diferencias muy importantes.

2 La fuente para todos los gráficos es la base de datos Latin Macro Watch, del Banco Interamericano de Desarrollo (<http://www.iadb.org/Research/LatinMacroWatch/>). Esa fuente compila datos de organismos estadísticos oficiales de cada uno de los países. Los datos de desigualdad de ingresos los obtuve en la página del Centro de Estudios Distributivos Laborales y Sociales de la Universidad de la Plata (<http://cedlas.econo.unlp.edu.ar/esp/>) que también compila distintos relevamientos realizados por organismos estatales en cada país. Los promedios para elaborar los gráficos los calculé yo.

Los datos sugieren que los gobiernos de izquierda trabajaron bajo condiciones y produjeron resultados distintos de los del resto de los gobiernos.

¿Los gobiernos de izquierda son distintos del resto?

Comparé valores promedio de los países que tuvieron gobiernos de izquierda durante períodos extensos (3) (en los gráficos, “izquierda”), con el mismo grupo más el agregado de los que tuvieron por lo menos algún gobierno de izquierda, aunque sea breve (4) (“izquierda amplia”) con los promedios de los que no (5) (“otros”).



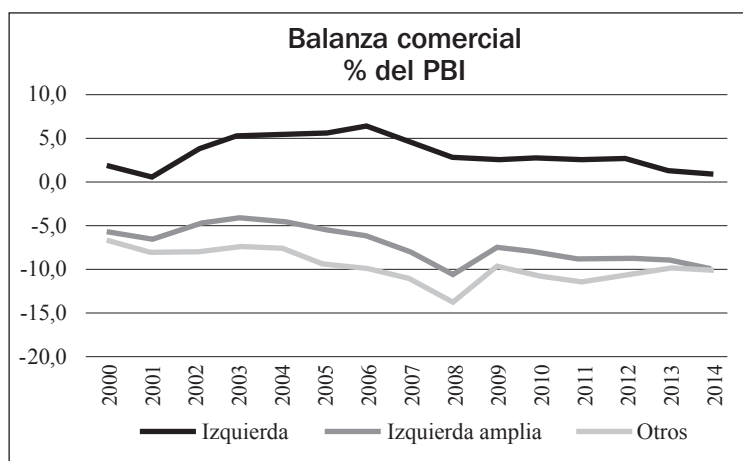
3 Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Uruguay y Venezuela.

4 El grupo anterior más El Salvador, Honduras, Nicaragua y Paraguay. Creo que es importante agregar a estos países pero hacerlo en una categoría separada porque tuvieron gobiernos de izquierda durante períodos más breves que en los otros casos. Por eso cabe esperar que su inclusión altere un poco el resultado promedio haciéndolo, quizás, menos “de izquierda”.

5 Colombia, Costa Rica, Guatemala, Guyana, Honduras, México, Panamá, Perú y Surinam. No incluí a ningún país del Caribe.

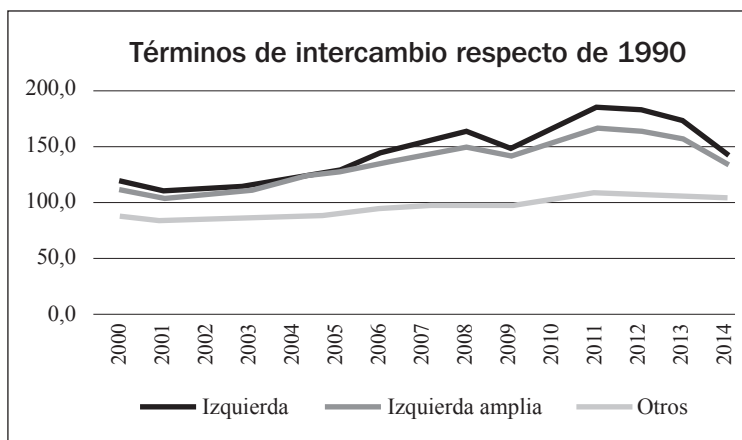
El crecimiento económico promedio de cada grupo de países fue muy semejante durante todo el período. Pero entre 2003 y 2005, durante los años dorados de los precios internacionales de las materias primas, las economías de los países gobernados por izquierdas crecieron a una tasa mucho más alta que el resto de los países.

Casi todos los países de la región disfrutaron de precios internacionales altos para las materias primas, pero los resultados del comercio internacional fueron más favorables para los países que tuvieron gobiernos de izquierda que para el resto. En ese grupo, la balanza comercial fue positiva entre 2002 y 2012, con excedentes muy amplios entre 2003 y 2008. El resto de los países compró más que lo que vendió en el exterior; durante algunos años, esa diferencia representó alrededor de 10% de su producto bruto interno (PBI). A partir de 2008, pasado el momento más brillante del boom de las *commodities*, el superávit comercial dejó de ser tan abultado, pero la diferencia entre los países gobernados por la izquierda y el resto sigue siendo notoria.



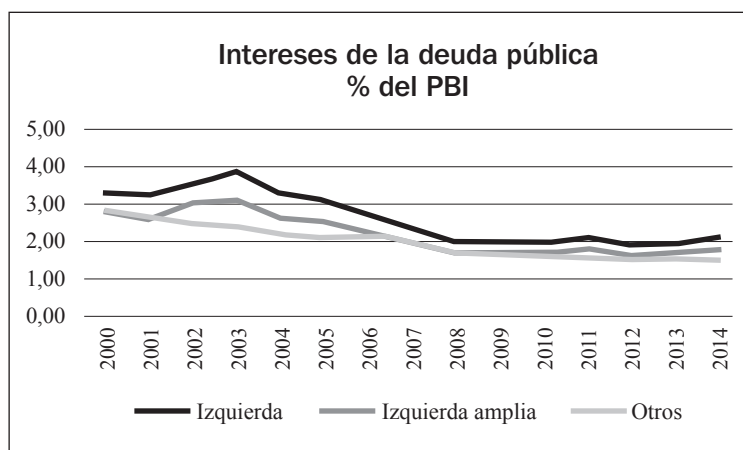
Parte de ese resultado comercial seguramente se explica por las grandes diferencias en los términos de intercambio que en-

frentaron estos grupos de países. El auge de los precios internacionales de las materias primas tuvo impactos diferentes en distintos grupos de países. Desde 2000, en los países con gobiernos de izquierda la diferencia entre los precios internacionales de los productos exportados y los importados fue mucho más favorable que en 1990; desde 2008, casi 50% más favorable. En el resto de los países, la situación fue casi idéntica a la vigente al comienzo de la última década del siglo XX, aunque hubo una muy ligera mejora a partir de 2006. En los últimos años la brecha volvió a cerrarse un poco pero de todos modos, aun en los momentos menos favorables, la relación entre los precios de las mercancías y servicios que se intercambian entre las naciones ofrece condiciones mucho más propicias a los países en los que hubo gobiernos de izquierda que a los otros.

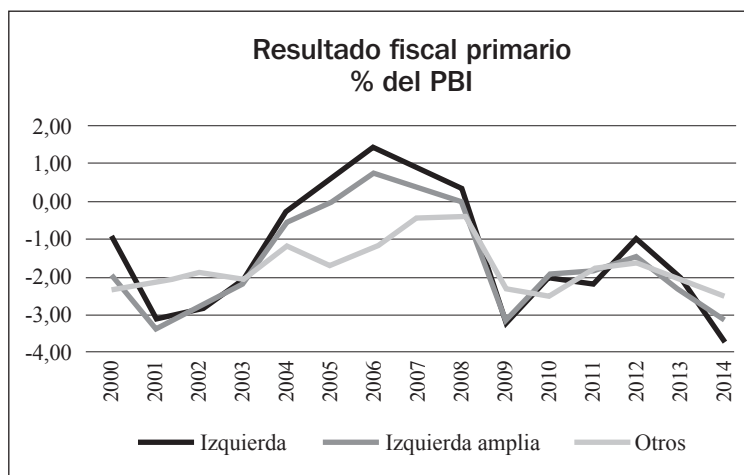


El nuevo siglo trajo alivio financiero. Se redujo muy significativamente el peso de los intereses de la deuda pública sobre las economías nacionales. Esto ocurrió, en alguna medida, en toda América Latina. Al comienzo del período, los gobiernos tenían que pagar cada año aproximadamente 3% del PBI por los prés-

tamos contraídos previamente. El peso de los intereses es hoy cercano a 2%, un tercio más liviano que antes. Los países con gobiernos de izquierda empezaron el período con compromisos financieros más pesados que el resto. A lo largo del período acortaron la brecha. El cambio de tendencia se produjo entre 2003 y 2007, cuando el producto creció mucho más que las obligaciones de pago por la deuda emitida.

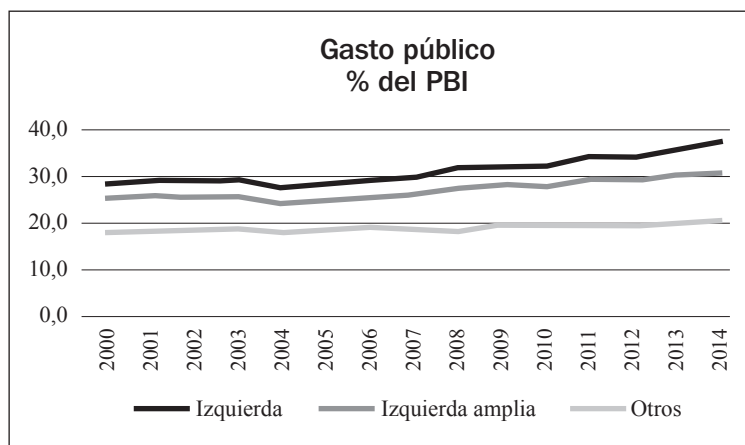


La evolución entre lo que los gobiernos gastan y lo que recaudan fue, en promedio, parecida en todos los países de la región. En general, el resultado es ligeramente deficitario y la magnitud de los déficits crece en años de baja actividad económica (2002, 2009 y 2014). Las cuentas públicas de los países con gobiernos de izquierda parecen ser más sensibles a los ciclos: mejoran más en los períodos de auge, se deterioran más en las recesiones. En línea con esta interpretación, los países con gobiernos de izquierda disfrutaron de superávits primarios muy amplios entre 2005 y 2008, los años de alto crecimiento de la economía.



Previsiblemente, los gobiernos de izquierda han sido más estatistas. La incidencia de los gastos públicos sobre el total de la economía fue mucho más alta allí que en el resto de los países. La evolución de esa incidencia a lo largo del tiempo también fue distinta: creció en los países con gobiernos de izquierda, se mantuvo constante en otros países. Las economías que gobernaron los gobiernos de izquierda crecieron más y esos gobiernos, que ya gastaban más que el resto, reaccionaron a la mejora en las condiciones del contexto aumentando el tamaño del gasto. Como acabamos de ver, el aumento del gasto no parece haber producido más déficit que en los países que no gobierna la izquierda. Esto parece indicar que los gobiernos de izquierda aumentaron también su capacidad de generar ingresos.

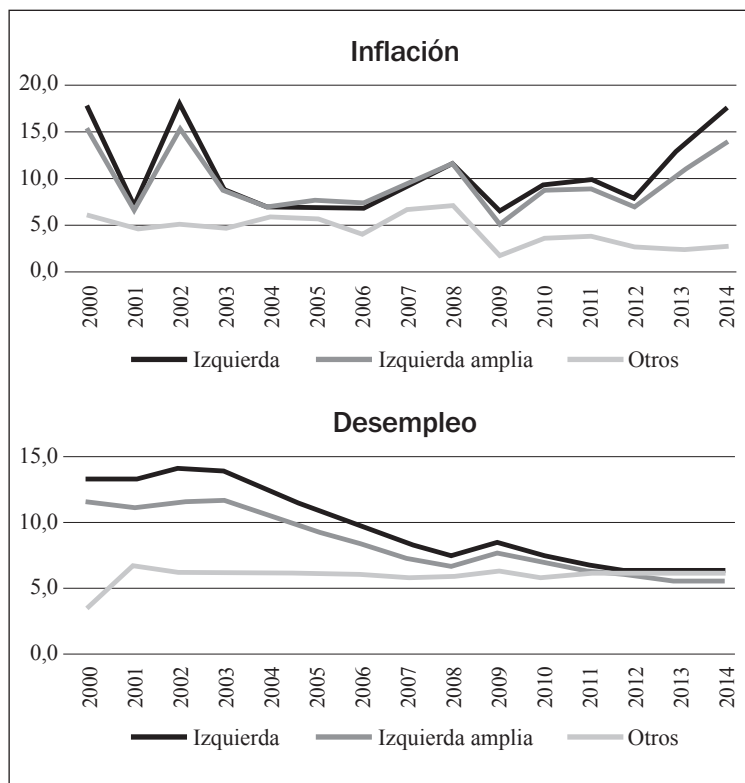
Una rama de estudios de economía política analiza el efecto de la orientación ideológica de los gobiernos sobre las políticas que adoptan. Una de las hipótesis que se discuten en estos estudios es que los partidos de izquierda gobiernan privilegiando la ampliación del empleo y los de derecha se preocupan especial-



mente por mantener la estabilidad de los precios. Los datos que presento no permiten evaluar esa hipótesis rigurosamente. Comparo países que tuvieron un tipo de gobierno en algún momento del período. Una prueba rigurosa demandaría, entre otras cosas, distinguir no sólo países sino también los años con gobiernos de derecha de los años con gobiernos de izquierda. Más allá de esta imprecisión, el contraste es notorio y muy parecido a los resultados que los estudios internacionales obtienen con datos de otras regiones. En los países en los que gobernó la izquierda la inflación es sistemáticamente más alta y los cambios en el comportamiento de los precios, abruptos. En el promedio del resto de los países, la inflación osciló en valores cercanos al 5% y en los últimos años bajó algo más.

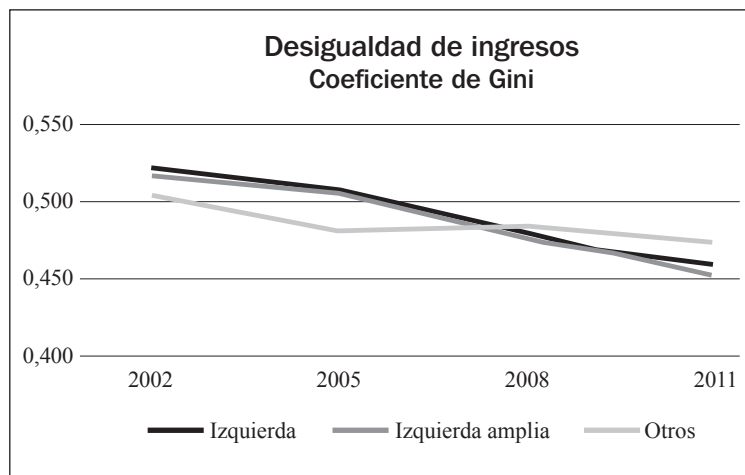
El comportamiento del desempleo es también notoriamente distinto en cada grupo de países. Los países con gobiernos de izquierda empezaron el período con niveles de desempleo muy altos: más que tres veces más altos que en el resto. Durante la primera década del siglo, la brecha de desempleo entre estos grupos de países desapareció. El ritmo de reducción del desempleo en los países gobernados por la izquierda es muy llamativo y, desde

mi punto de vista, constituye uno de los datos más importantes para entender tanto el origen como la evolución futura de los sectores que llevaron adelante o apoyaron a estos gobiernos.



Para la mayoría de las definiciones, el rasgo distintivo de los gobiernos de izquierda es que tratan de redistribuir los ingresos en favor de los sectores con ingresos más bajos. En este caso, el contraste entre países con y sin gobiernos de izquierda también es importante. La desigualdad en la distribución de los ingresos se redujo en toda la región durante los primeros años del nuevo siglo, pero esa reducción fue mucho más pronunciada y ocurrió

a un ritmo más intenso en los países gobernados por la izquierda, que comenzaron el período siendo más desiguales que el resto y lo cierran siendo menos desiguales.



Este examen es incompleto. Por ejemplo, dice poco sobre los resultados de las políticas comerciales y nada sobre las políticas cambiarias o monetarias. El examen es también impreciso: cada uno de estos resultados obedece a varios factores, algunos tienen que ver con la intervención de los gobiernos, otros con las consecuencias de mediano plazo de las medidas adoptadas por gobiernos anteriores, otros con comportamientos que no están directamente afectados por ninguna política y otros con influencias desconocidas o mal entendidas. Estos gráficos no cuentan lo que produjeron los gobiernos de izquierda sino lo que ocurrió mientras gobernó la izquierda. Hablan de las condiciones en las que gobernó la izquierda y de los resultados de su intervención.

También podría objetarse la comparación de promedios. Esa objeción es más débil porque la opinión cuya validez estoy explorando sostiene, justamente, que debe existir una diferencia noto-

ria y general entre los países que tuvieron gobiernos con distinta orientación ideológica. La comparación de promedios es adecuada para captar esa diferencia.

En síntesis, el retrato es de trazo grueso y en el mediomundo que tiré viene de vuelta algo de lo que me interesaba pescar y muchas cosas que no. Aun con todas estas prevenciones y para mi sorpresa, no está mal decir que en los países en los que gobernó la izquierda y mientras gobernó la izquierda pasaron cosas bastante distintas que en los países que tuvieron gobiernos con otra orientación. Parte de esas cosas que pasaron —en particular, la reducción del desempleo y la de la desigualdad— coincide con lo que se espera que pase cuando gobierna la izquierda en cualquier otro lugar del mundo.

¿A qué atribuimos el origen y el éxito de las políticas de izquierda?

Estos datos se llevan muy bien con el uso de etiquetas que me incomoda. También coinciden con una de las influyentes interpretaciones históricas del fenómeno. Voy a presentar los rasgos generales de esta interpretación tal como los encuentro expuestos en trabajos de la ciencia política escrita y publicada en Estados Unidos (6). Este modo de entender la experiencia de los gobiernos de izquierda también puede encontrarse en otras disciplinas y en otros países.

6 Tengo en mente los capítulos de la compilación de Steven Levitsky y Kenneth Roberts, *The resurgence of the Latin American Left*, que publicó en 2011 Johns Hopkins University Press, especialmente la introducción de los compiladores y los capítulos de Arnold y Samuels; Murillo, Oliveros y Vaishnav; Weyland y el de Kaufman. Varias de las tesis expuestas allí coinciden con las que pueden encontrarse en otras compilaciones, por ejemplo la de Kurt Weyland, Raúl Madrid y Wendy Hunter, *Leftist Governments in Latin America*, o en el capítulo que escribió Sebastián Mazzuca para *Reflections on uneven democracies*, la colección de ensayos en homenaje a Guillermo O'Donnell que reunimos Scott Mainwaring, Daniel Brinks y yo.

La interpretación sostiene lo siguiente. Afectados por el peso de la deuda externa, en el esfuerzo por superar años de estancamiento económico y alta inflación e inspirados en el decálogo de políticas que John Williamson presentó en el trabajo *El consenso de Washington*, los gobiernos latinoamericanos recortaron drásticamente el gasto público, privatizaron las empresas públicas, desregularon los mercados y liberaron el comercio exterior. Estas políticas consiguieron el objetivo de reducir la inflación, achicaron los desequilibrios más groseros de las cuentas públicas y estimularon el crecimiento económico, pero lo hicieron de modo intermitente, a tasas no muy altas y al costo de grandes aumentos del desempleo, de la retracción de los sistemas de protección social y de un marcado aumento en la desigualdad.

A la luz de los resultados económicos pobres y los resultados sociales desastrosos, los electorados latinoamericanos que habían premiado con la reelección a los gobiernos reformistas a mediados de los 90, rechazaron categóricamente su legado en las primeras elecciones de los 2000. Puesto que los oficialismos salientes habían gobernado en nombre de la libertad de mercado no sorprendió que sus reemplazantes anunciaran hacerlo en nombre de la igualdad y la solidaridad. En algunos países, como Bolivia, Ecuador o Venezuela, el cambio de orientación coincidió con un cambio de partido en el gobierno al que le siguió una reforma profunda de las instituciones políticas. En otros países, como Uruguay y Brasil, cambió sólo el partido de gobierno o, como en Chile, el partido del presidente en una coalición de distintos partidos. En otros países, como Argentina, no cambiaron las instituciones ni el partido pero cambió la ideología del presidente y, con ella, las políticas.

Hubo condiciones económicas, financieras y políticas propicias para que los individuos y los partidos con intenciones y discursos de izquierda adoptaran políticas de izquierda. De acuerdo con la interpretación que estoy reconstruyendo, son políticas de izquierda las que aspiran a reducir la desigualdad.

La condición económica es el aumento en el precio internacional de los bienes que exportan los países que eligieron gobiernos de izquierda. Este aumento fue muy grande e hizo crecer el producto a un ritmo muy intenso. Variantes de la interpretación que reconstruyo exponen distintos motivos por los que el crecimiento facilitó la adopción de políticas de izquierda. Por un lado, el crecimiento económico es signo de idoneidad de los gobiernos y puede sumar apoyo a las políticas de izquierda aun de parte de quienes no se benefician directamente de ellas. Según este razonamiento, se admitió que los gobiernos de izquierda tomen medidas para reducir la desigualdad porque el alto crecimiento indicaba que eran gobiernos competentes.

Más frecuentemente, las versiones de esta interpretación destacan el impacto fiscal del crecimiento económico. Cuando la economía crece los ingresos públicos aumentan a un ritmo más alto que los gastos. La mejora en la posición fiscal les dio autonomía a los gobiernos frente a sus acreedores y aliados políticos. Los gobiernos usan la autonomía para adoptar las políticas que coinciden con su posición ideológica. Cuando mejoró la situación fiscal, los gobiernos con ideologías de izquierda adoptaron políticas de izquierda.

Otro componente de la mejora en la situación fiscal fue la reducción en el costo del financiamiento internacional. La combinación de financiamiento barato y crecimiento económico redujo el peso de los servicios de la deuda en relación con el producto, lo cual redujo el riesgo de prestar dinero a esos gobiernos y, entonces, el costo del financiamiento subsiguiente. La reducción de la carga financiera en un contexto de aumento de los ingresos públicos como resultado del crecimiento alto incrementó la autonomía fiscal y, entonces, la capacidad de los gobiernos para adoptar las políticas que desean.

Distintos gobiernos latinoamericanos habían adoptado políticas de redistribución progresiva en otros momentos históricos.

Muchos de esos intentos llevaron a su derrocamiento y a la caída de los regímenes democráticos. Tras el fin de la Guerra Fría y el debilitamiento de las Fuerzas Armadas como actor político, los sectores que resisten la redistribución progresiva por motivos económicos o ideológicos se quedaron sin socios internos ni externos para acompañar los intentos de interrupción del orden constitucional. Este cambio habría restado credibilidad a las amenazas de represalias políticas y, entonces, animado a los gobiernos de izquierda a adoptar políticas acordes con su convicción.

Hasta aquí, la interpretación permite entender lo que todos los gobiernos de izquierda tienen en común: las políticas orientadas a aumentar el empleo, mejorar los salarios reales y extender la cobertura y la calidad de los sistemas de protección social. Pero estos factores no bastan para entender por qué algunos gobiernos de izquierda adoptaron políticas macroeconómicas ortodoxas y otros eligieron políticas heterodoxas.

A diferencia de lo que ocurre con la política social, identificar las herramientas de política macroeconómica más favorables para redistribuir los ingresos a favor de los sectores más pobres es difícil. El impacto de las combinaciones de política comercial, cambiaria, monetaria y fiscal sobre la relativa igualdad en la distribución del ingreso en cada país y momento depende de la dotación de factores, el tamaño de la economía, la relativa complejidad de los sectores económicos y la situación económica vigente. Como indican los datos de inflación que expuse más arriba, los países con gobiernos de izquierda convivieron con niveles de inflación bastante más altos que el resto de los países y sus cuentas públicas son más sensibles a los ciclos económicos. Más allá de este contraste general, distintos gobiernos de izquierda adoptaron distintos paquetes de políticas macroeconómicas. En algunos casos, la orientación general de la política económica cambió dentro del mismo gobierno en distintos periodos.

La interpretación frecuente en las discusiones de la ciencia política que estoy presentando distingue, en trazos gruesos, entre políticas ortodoxas y heterodoxas (7). Son políticas ortodoxas las que procuran minimizar la inflación, mantener el equilibrio de las cuentas públicas y reducir la regulación de los mercados y la intervención directa del Estado como agente económico. Son heterodoxas las políticas que sacrifican algunas de estas metas para alcanzar objetivos políticos o sociales. El populismo, entendido como tipo de política económica y no como forma de representación política, es una versión especialmente indeseable de la heterodoxia y consiste en la adopción de políticas temporalmente inconsistentes: maximizan la satisfacción de intereses de corto plazo, indiferentes a las consecuencias de mediano y largo plazo que puedan tener esas medidas, particularmente a su impacto sobre la relación entre los ingresos y los gastos del Estado.

Los trabajos que exponen la interpretación que estoy analizando atribuyen el carácter más o menos ortodoxo de las políticas económicas de los gobiernos de izquierda a la composición partidaria y el tipo de liderazgo que los sostiene. Cuando la capacidad de intervención política de los gobiernos de izquierda depende del apoyo de las organizaciones que los respaldan, la adopción de políticas heterodoxas es menos probable. La probabilidad es aun menor cuando esas organizaciones son partidos políticos institucionalizados. Así, por ejemplo, esperaríamos que la política económica fuera ortodoxa en Uruguay, donde los presidentes de izquierda dependen del apoyo de una coalición de partidos de izquierda antiguos y con raíces sociales profundas, menos ortodoxa en Bolivia, donde el liderazgo de Morales está limitado por la heterogeneidad de la coalición de organizaciones y movimientos sociales que lo respalda y aun menos ortodoxa en Ecuador, donde

7 Como en el uso habitual, definimos aquí ortodoxia de acuerdo con la orientación de política económica que recomendaría un análisis económico neoclásico.

el liderazgo de Correa frente a su electorado y la opinión pública no tiene contrapeso organizacional.

Desde esta perspectiva, la limitación del liderazgo y la institucionalización de las organizaciones le ponen un freno a la heterodoxia porque le quitan peso a las tentaciones de corto plazo. Los miembros de las organizaciones que esperan seguir siendo parte del juego político en el mediano plazo son más reacios a apoyar medidas que puedan generar apoyo hoy pero problemas fiscales dentro de unos años. Cuando la cuenta incluye algo más que los aplausos o el cariño que reciben los presidentes es más fácil hacer política económica de acuerdo con el manual.

De este modo, la interpretación que presento explica por qué los gobiernos de izquierda fueron electos, por qué pudieron adoptar políticas sociales de izquierda y por qué algunos fueron más ortodoxos con sus políticas económicas y otros menos. Fueron electos a partir del rechazo a los resultados de las políticas de desregulación y privatización. Pudieron adoptar políticas de izquierda porque las economías crecieron y la situación de las cuentas públicas era más holgada. Adoptaron políticas macroeconómicas más o menos sensibles a las restricciones de mediano plazo de acuerdo con la solidez del conjunto de organizaciones que los respaldó.

La política en las políticas públicas de los gobiernos de izquierda

No es sorprendente que la interpretación que expongo sea congruente con los datos que presenté al principio porque es una inducción. No es una conclusión derivada de un razonamiento abstracto sino una lectura estructurada de los datos históricos. No digo esto para cuestionar su relevancia teórica sino para precisar su naturaleza. Observando sistemáticamente la experiencia de los gobiernos de izquierda en América Latina podemos aprender

algo sobre cómo pueden llegar al poder, qué hacen una vez que lo alcanzan y qué impacto tienen sus medidas. Mi interpretación colabora con ese aprendizaje. También es incompleta y sesgada. Creo que señalando la incompletitud y el sesgo puedo subrayar otras lecciones importantes de la experiencia de estos gobiernos.

La interpretación describe las condiciones de posibilidad e ilumina las restricciones de los gobiernos de izquierda. Ofrece menos ayuda para identificar las motivaciones y las capacidades políticas de esos gobiernos. De acuerdo con esta interpretación, las políticas de izquierda fueron posibles porque las de derecha produjeron resultados sociales malos, porque hubo condiciones fiscales propicias y tolerancia social para ensayar políticas redistributivas y porque las amenazas de golpe de Estado se disiparon. Liberada de estas restricciones, abierto ese espacio, la política de izquierda fluye. De acuerdo con este retrato, a la política de izquierda no la hace nadie, adviene. Es un argumento de restricciones y, fundamentalmente, de restricciones impersonales. Como dice el capítulo de Andrés Malamud en este libro, consistente con esta interpretación, “los padres de la voluntad política resultaron ser la soja y el petróleo”.

Son las circunstancias fiscales y los atributos del contexto de las organizaciones más que la acción de los individuos y de los grupos los que permiten o impiden que la política vire hacia la izquierda o no. En mi opinión, un inventario completo de la experiencia de los gobiernos de izquierda necesita una interpretación de la factura política de las políticas de izquierda, necesita explicar quién quiso hacerlas, qué apoyos reunió para llevarlas adelante, qué oposiciones debió neutralizar y qué marcas dejó todo eso en las medidas adoptadas.

Los análisis que expongo toman en cuenta las propiedades de las organizaciones políticas, pero aun esos factores aparecen como restricciones, como sogas que impiden que los gobiernos de izquierda se gasten el superávit público y estimulen el consu-

mo privado para tener a la sirena contenta. Algunos estudios de caso (8) analizan la influencia de los intereses y el peso político de las organizaciones que respaldan a los gobiernos de izquierda sobre las políticas económicas y sociales. Esos estudios subrayan la heterogeneidad de las coaliciones que respaldan a los gobiernos de izquierda, las diferencias de intereses entre los trabajadores formales y los informales, el contraste entre las preferencias de los representantes de distintas regiones y la articulación entre las metas de los miembros de partidos políticos –que necesitan ganar elecciones– y las de los miembros de los sindicatos, los movimientos sociales y las organizaciones empresarias –que renuevan sus liderazgos de acuerdo con otros procedimientos–.

Los hallazgos de estos estudios de caso tienen menos peso en las síntesis teóricas comparativas pero, de todos modos, permitirían recuperar los componentes más estrictamente políticos de las políticas de izquierda: los motivos para llevarlas adelante, las alianzas que permitieron ponerlas en marcha y las oposiciones de personas y grupos que fue necesario neutralizar para sostenerlas antes que la ausencia de los obstáculos impersonales que debieron enfrentar en el pasado. El capítulo que Pablo Stefanoni escribió para esta compilación ilustra claramente la relevancia de las concepciones y el armado de las coaliciones para entender los decisiones de los gobiernos de Chávez, Morales y Correa y sus resultados macroeconómicos e institucionales.

Tipos de ortodoxia

Un esquema completo de este tipo sería útil para reemplazar a la habitual distinción entre izquierdas ortodoxas e izquierdas hetero-

8 Por ejemplo, el estudio de Argentina que Sebastián Etchemendy y Candelaria Garay publicaron en la compilación de Levitsky y Roberts que mencioné más arriba.

doxas. Como sugerí al principio del texto, esta distinción es de derecha. La distinción entre políticas ortodoxas y heterodoxas subraya el valor de la sustentabilidad pero tiene un sesgo: la define en términos fiscales y financieros. Hay otras cosas que podría desearse sostener en el mediano plazo. Este sesgo es de derecha porque tiende a privilegiar el mantenimiento del valor de la moneda, lo cual suele favorecer a los acreedores, quienes tienden a ser ricos.

Naturalmente, la sustentabilidad, la consistencia intertemporal, es un valor. Nadie sacrificaría completamente el bienestar de mediano o largo plazo para satisfacer una necesidad de corto plazo; aunque algunos tenemos más urgencias que otros y la urgencia es precisamente eso, inconsistencia intertemporal. De todos modos, creo que nadie querría vivir abrazado a la urgencia, ni siquiera quienes se reconocen con más entusiasmo como populistas. Pero hay distintos modos de entender la sustentabilidad. Por ejemplo, podría definirse la sustentabilidad en relación con el nivel de empleo y definir a los gobiernos que calibran la brújula de acuerdo con ese indicador como ortodoxos.

La referencia al empleo es relevante porque, de acuerdo con los datos que presenté más arriba, el nivel de desempleo inicial y su evolución posterior son dos de los contrastes más notorios entre los países que tuvieron gobiernos de izquierda y los que no. La correlación puede disfrazar la asociación entre otros factores que no estoy considerando pero me parece verosímil postular que el crecimiento del desempleo contribuyó decisivamente a la derrota electoral de los gobiernos reformistas de la década del 90 y que su recuperación sostuvo la popularidad de los gobiernos de izquierda en la década siguiente. Como el crecimiento, el desempleo afecta a los gobiernos directamente e indirectamente: retrae el apoyo de los que quedan desempleados e indica falta de idoneidad frente a todo el electorado.

El nivel de desempleo parece un combustible más potente para las demandas de redistribución progresiva que la desigualdad aunque, naturalmente, la asociación entre estos dos fenómenos es fuerte. La experiencia de no tener trabajo, de quedar fuera de los circuitos regulares de percepción de ingreso y de consumo, de los sistemas de protección social y de las rutinas del resto de la gente es una forma intensa de desigualdad que, conjeturo, debería alimentar demandas de redistribución y de medidas de protección más fuertes que las generadas por el solo hecho de recibir ingresos inferiores al promedio u observar que hay un segmento de gente muy pequeño que tiene ingresos mucho más altos que el resto. Y el desempleo irradia, aleja a los desempleados y disciplina a los que todavía tienen trabajo. La demanda de protección debería ser intensa tanto entre quienes padecen desempleo como entre quienes se sienten víctimas potenciales.

Por supuesto, esta observación no es novedosa. Los gobiernos, todos los gobiernos, están tan preocupados por sostener el nivel de empleo como por mantener el equilibrio de las cuentas públicas y el valor de la moneda. La dificultad radica en que no se puede hacer las dos cosas con la misma intensidad al mismo tiempo. El orden en que se las ubique define la orientación ideológica de los gobiernos.

Uno de los rasgos distintivos de los gobiernos de izquierda latinoamericanos es que coincidieron con una reducción drástica del desempleo. Este resultado y las políticas que permitieron conseguirlo no ocupan un lugar central en la interpretación de la experiencia de estos gobiernos que domina el debate en la Ciencia Política (y que influye en otros ámbitos). Esta interpretación ofrece mejores herramientas analíticas para explicar por qué la política económica de algunos gobiernos de izquierda se parece a la de los gobiernos de derecha que para entender por qué si las políticas de reforma produjeron resultados sociales negativos en

casi todos los países, algunos tuvieron gobiernos de izquierda y otros no (9). Alterando la guía ideológica del análisis podría tomarse como referencia, como ortodoxia, a los gobiernos de izquierda que privilegiaron el sostenimiento del empleo sobre otros objetivos de política económica. Es un modo de mirar más acorde a la tradición de izquierda y a la experiencia de los gobiernos de izquierda en el resto del mundo.

Un desplazamiento del foco en esta dirección permitiría además completar el inventario de restricciones organizacionales que enfrentaron y seguirán enfrentando en el futuro los gobiernos de izquierda y definir de modo más amplio el papel de los partidos políticos y las organizaciones sociales institucionalizados. Es razonable que algunos políticos que aspiran a suceder al presidente dentro de varios ciclos electorales se preocupen por sostener el equilibrio de las cuentas públicas, el crédito público y el valor de la moneda aun a costa de otros objetivos políticos valiosos. Es igualmente razonable que, por el mismo motivo, otros políticos se preocupen por mantener el nivel de empleo al precio de descuidar por un momento otras metas. ¿Quiénes son los portadores de la demanda de empleo? ¿Qué peso tienen en los partidos? ¿Se concentran en algún partido o en varios? ¿Intervienen a través de las organizaciones sociales? ¿Influyen en la discusión burocrática, en los análisis periodísticos, en los de las ciencias sociales? Es difícil elaborar respuestas para estas preguntas con los lenguajes analíticos dominantes en la discusión sobre la experiencia de los gobiernos de izquierda.

9 El foco en la “ola” de gobiernos de izquierda muchas veces pierde de vista que en este período la izquierda no gobernó Colombia, Costa Rica, Guatemala, México, Panamá y Perú. También es importante explicar por qué la izquierda consiguió gobernar en Chile y en Brasil a pesar de qué allí los resultados sociales de las reformas de la década de 90 no fueron tan malos como en otros países de la región.

El legado de los gobiernos de izquierda

Creo que esa insuficiencia nos hará más difícil reconocer la herencia más perdurable de los gobiernos de izquierda latinoamericanos de las primeras décadas del siglo XXI, que es la reducción del desempleo. Varios de ellos, efectivamente, privilegiaron los objetivos políticos y sociales de corto plazo sobre los equilibrios financieros y macroeconómicos de mediano plazo y, como resultado de esa decisión, se revelaron incompetentes a los ojos de una parte de sus electorados. Desde mi punto de vista, esto le pasó al gobierno del Frente para la Victoria en Argentina y, en mucha mayor medida y con resultados desastrosos, a los gobiernos chavistas en Venezuela. Aun después de haber adoptado políticas mucho más ortodoxas, especialmente monetarias, el crecimiento del déficit (junto con varias otras cosas) minó la credibilidad del gobierno de Rousseff en Brasil.

La inconsistencia fiscal es un fracaso para cualquier gobierno, pero no compromete la identidad de un gobierno de izquierda. La recesión es una señal de incompetencia de cualquier gobierno, pero afecta muy especialmente las credenciales de un gobierno de derecha. El fracaso de los gobiernos de izquierda de la década de 2000 (el de los que fracasaron) es distinto del de los gobiernos de derecha de los años 90 (que tampoco fracasaron todos). Los resultados de crecimiento y solvencia financiera que obtuvieron muchos gobiernos de derecha quedaron muy lejos de lo que habían prometido a cambio de los sacrificios. Los gobiernos de izquierda que chocaron contra el desequilibrio fiscal dejan una memoria de progreso social que, sin ser brillante, está mucho más cerca de la promesa inicial. Los gobiernos de izquierda que perdieron popularidad y elecciones, perdieron en su ley.

Esta es, en mi opinión, la base de experiencia y de memoria sobre la cual podrá construirse la proyección electoral de la izquierda en los países que tuvieron gobiernos con esa orientación.

Esta base podrá sostener nuevos gobiernos de izquierda o no en la medida en que pueda expresarse eficazmente a través de las organizaciones sociales y de los partidos políticos. Pero aun cuando no haya expresión organizada de esta memoria de recuperación social, creo que la recuperación del empleo de esta década les pondrá un dique a las políticas económicas que se adopten en el futuro del mismo modo que las reformas fiscales y las privatizaciones de la década de 1990 le pusieron un dique (10) al retorno completo a las formas de regulación y de intervención directa del Estado en la economía vigentes en las décadas previas. La memoria de la inflación alta y servicios públicos deficientes es el sostén subjetivo de la disciplina fiscal; la del desempleo, sospecho, comprometerá la viabilidad de las reformas que destruyan puestos de trabajo. En este sentido más amplio, la izquierda, como la candidata presidencial del Frente Progresista en Argentina en 2015, ya ganó.

¿Esto era la izquierda?

Uso “izquierda” en los sentidos en que la estuve usando en este texto y suena débil, hueca, decolorada, como parece subrayar irónicamente la denominación de “izquierda rosa” que Pablo Stefanoni cita en su capítulo. Aplicada a alguno de los partidarios de estos gobiernos de izquierda la palabra todavía puede evocar la tradición crítica, la aspiración emancipatoria, el rechazo frontal al capitalismo, la denuncia del imperialismo; pero como caracterización de los gobiernos designa algo más modesto: ser de izquierda es reconocer abiertamente el objetivo de reducir la desigualdad y adoptar medidas para alcanzarlo. Como subraya en este libro Andrés Malamud, no nos hizo falta que todos los partidos que integran las coaliciones de gobierno compartan esta

10 Excepto, quizás, en Venezuela.

meta para que apliquemos la etiqueta “izquierda”. Y la sostuvimos aun cuando, a pesar de cierta presunta solidaridad ideológica y discursos regionalistas, las políticas de muchos gobiernos de izquierda sepultaron las instituciones de integración regional. Los usos del calificativo “izquierda” en referencia a los gobiernos latinoamericanos de las primeras décadas del siglo conserva poco de la tradición de izquierda y omite importantes factores de la política doméstica y la internacional.

La experiencia de los gobiernos a los que les cabe esta etiqueta delgada, epidérmica, representa, sin embargo, un enorme progreso político en la región. Este progreso consiste en la posibilidad de votar gobiernos que puedan adoptar políticas sustancialmente distintas que las de otros gobiernos. El primer paso en la maduración de los sistemas políticos de la región consistió en desterrar el golpe de Estado como recurso de la competencia política. Es un paso suficientemente importante aunque, como lo revelan las frecuentes crisis presidenciales y los gobiernos que no llegan a completar sus mandatos, las elecciones son la forma más frecuente de acceso al poder pero están lejos de ser la única. Elegir gobiernos que ofrecen políticas con consecuencias distributivas previsibles y distintas es un progreso adicional. Antes de este ciclo de gobiernos de izquierda no había ocurrido. Los gobiernos de la primera transición democrática habían fracasado en intentos heterodoxos para detener la inflación o adoptado políticas de estabilización que, en la gran mayoría de los casos, tuvieron un altísimo costo social. Los gobiernos de izquierda de los años 2000 mostraron que se puede intentar redistribuir el ingreso sin sacrificar el crecimiento, el equilibrio fiscal ni poner en riesgo la democracia.

Extender el análisis de estas experiencias más allá de las restricciones financieras e incorporar sus condiciones de posibilidad políticas es importante, también, para evaluar el significado de estas experiencias para la supervivencia de la democracia en la región.

No estoy convencido de que haya habido una ola de izquierda y este uso de la palabra me suena hueco pero me acuerdo bien dónde estaba a principios de 2000 cuando leí que Ricardo Lagos, el primer presidente socialista desde la reinauguración de las democracias, había ganado, con lo justo, el *ballottage* en Chile. Sabía que iba a ser un gobierno de políticas muy moderadas pero de todos modos el solo uso de la etiqueta socialista me daba esperanza y alegría. Me acuerdo de Lagos en 2000 y no de Chávez en 1999 porque a Chávez lo tenía de 1992, joven, de boina y golpista, más parecido a los carapintadas argentinos que me habían asustado en 1987 que al líder popular en el que se convirtió años después. Para mí, su condición de golpista, consistente con la manipulación posterior de las reglas electorales y los procedimientos constitucionales, lo sigue sacando de la cancha y simboliza el límite institucional del legado de la experiencia de izquierda de estos años.

La extraordinaria incorporación de los pobres a la política y la transformación institucional que consiguieron los gobiernos de Chávez, Correa y Morales sobrevivirán en la medida en que puedan coexistir con el mantenimiento de la competencia política abierta. Para eso debe tanto mantenerse sensible al republicanismo de abajo que identifica el trabajo de Stefanoni, como respetar las aspiraciones políticas, republicanas o no, de arriba, de los líderes y los partidos que aspiran a acceder al gobierno. La prescripción es una herramienta política a la que pueden recurrir los gobiernos de cualquier orientación, pero cuando se vuelve herramienta de uso común, en general la usan mejor los representantes de los ricos que los de los pobres. En mi opinión, la defensa de la competencia política abierta también es un objetivo de izquierda.

Para reconocer cuáles son los precios institucionales que las izquierdas no deben pagar es importante entender las condiciones políticas que han hecho posible la redistribución progresiva del ingreso, describir bien las distintas alianzas que los líderes

de estos gobiernos tejieron para llegar al poder y ser reelectos. Este reconocimiento es especialmente valioso porque el recurso retórico favorito de las oposiciones de derecha es acusar a los gobiernos de izquierda de anti-republicanos, plebiscitarios, hegemónicos, clientelistas y tramposos. El problema reside en que a algunos gobiernos de izquierda, como a varios de derecha, la calificación les va bien. Este es, desde mi punto de vista, el caso de los gobiernos chavistas pero no, por ejemplo, el de los gobiernos del Frente para la Victoria en Argentina. El límite reside en la restricción deliberada, constante y sistemática de la competencia política. Reconocer cuáles son las condiciones y las estrategias políticas que llevan a cruzar este límite es clave para preservar el legado político de los gobiernos de izquierda: ganaron elecciones, alcanzaron los objetivos que más les interesaban, fracasaron con otros, volvieron a competir y, algunos, perdieron.

Andrés Malamud

Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa.

¿Por qué retrocede la izquierda en América Latina?

¿Y por qué no?

Cuando el editor y demiurgo de este libro vino con la propuesta, me fascinó la idea de explicar lo que se esconde bajo nuestras narices, a la vista de quien quiera ver: que todo lo que sube, baja. La política, como la economía, es cíclica: ningún líder ni tendencia duran para siempre. La democracia se define por la posibilidad de la alternancia, etcétera. Si la izquierda avanzó antes, era inevitable que retrocediera después. Pero en el fondo sabía que había algo más profundo escondido en la pregunta. Y la clave estaba al final del enunciado: “en América Latina”. La cuestión no es por qué la izquierda retrocede sino por qué retrocede *al mismo tiempo en toda la región*. Semejante fenómeno descarta de entrada las respuestas idiosincráticas: salvo que pensemos que todos los gobernantes se equivocaron en simultáneo, debemos concluir que las causas del fenómeno son comunes y son externas. Externas a los gobiernos, sí, pero también a los países: internacionales, no domésticas. Primera conclusión: la izquierda retrocede en América Latina por razones regionales o globales, y no (exclusivamente) por errores propios o aciertos opositores.

Un segundo problema consiste en identificar los límites de la región. Henry Kissinger diría que América Latina no tiene

número de teléfono. Carece de ciudad capital, himno y bandera. No hay ninguna organización regional que represente exclusivamente a los veinte países que la componen. Pero más importante es que las dinámicas políticas están cada vez más fragmentadas a lo largo de dos ejes: Norte-Sur y Atlántico-Pacífico. El primer eje es estructural, casi inevitable. Mientras los latinoamericanos del Norte (México, América Central y el Caribe) profundizan su integración socioeconómica con Estados Unidos, Sudamérica depende cada vez más del mercado chino. La principal consecuencia es que, al paso que México transitó de petroestado a exportador industrial, Brasil recorrió el camino inverso y perdió industria a manos de los recursos naturales: se reprimitizó. El segundo eje es político y depende de decisiones domésticas. Usamos los océanos como referencia, pero lo fundamental es distinguir entre políticas públicas. ¿Cómo reaccionan los Estados ante la ola que viene de afuera? Algunos se cierran y otros se abren. El proteccionismo se dio mejor en mercados grandes y geográficamente distantes de las potencias mundiales, como Argentina y Brasil, que casualmente se recuestan sobre el Atlántico. La apertura es más eficiente en mercados pequeños o demasiado interdependientes con el centro de la economía internacional, como Chile o México, que están geográficamente vinculados al Pacífico.

¿Por qué es importante entender la geopolítica de la región, o sea la importancia del tamaño, la distancia y los vecinos? Porque de ella depende cuánto hubo y habrá para distribuir, la razón de ser de la izquierda. Estados Unidos como siempre, y China desde hace una década y media, determinan las condiciones de posibilidad del progresismo latinoamericano.

¿Qué es la izquierda?

El escenario político argentino nunca se organizó alrededor del eje izquierda-derecha, como mostraron hace décadas Edgardo Catterberg y María Braun (1989). La mitad de la opinión pública y buena parte de la dirigencia se muestran ignorantes o indiferentes cuando se las consulta sobre su posición ideológica, y cuando son presionadas se autolocalizan en el centro. Las divisiones políticas existen, pero las etiquetas para diferenciar a “nosotros” de “los otros” varían. Más recientemente, fue el politólogo canadiense Pierre Ostiguy (2008) el que mejor definió el cuadro político nacional:

Hay un choque muy importante en la Argentina entre el deseo de varios políticos de enfatizar la diferenciación izquierda-derecha (que es muy real), y la realidad electoral y sociopolítica a nivel “masa”, que está sólidamente diferenciada en la otra dimensión, es decir culturalmente, peronismo y no peronismo, y más genéricamente (y para mí más exactamente) alto y bajo. ¡Ese choque es el drama de la política argentina desde hace ya más de seis décadas! Este deseo siempre se topa con esa realidad. Y a eso hay que añadirle los numerosos políticos que no tienen ningún deseo de trascender esa dicotomía, sea por pragmatismo de poder o sea por aversión, estilo, “valores” o imagen de sí mismo.

Sin embargo, esta descripción viaja bien por Sudamérica. De hecho sólo dos países, Chile y Venezuela, desarrollaron históricamente partidos ideológicos con rótulos e inspiración europeos: socialista y demócrata cristiano, socialdemócrata y socialcristiano. En el resto del continente prevalecieron rótulos e ideologías idiosincráticos. Los partidos de masas identificados con “lo bajo” fueron tradicionalmente clasificados como populistas, una etiqueta que encaja mal en el espectro ideológico. De hecho, los

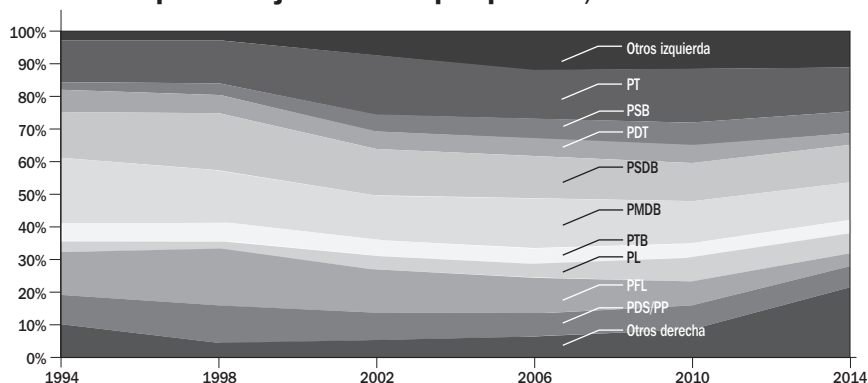
primeros líderes populistas (principalmente Juan Perón y Getúlio Vargas) fueron corporativistas y simpatizaron con los fascismos italiano y portugués, mientras los últimos (como Hugo Chávez o Evo Morales) se identificaron explícitamente con la izquierda. Lo que antiguos y nuevos populismos tienen en común es el nacionalismo y el carácter plebeyo, elementos insuficientes para definirlos como izquierdistas o progresistas. El Frente Nacional francés, por ejemplo, se vería bien retratado por esas características. Una investigación reciente, basada en datos del Latinobarómetro que incluyen a dieciocho países, confirma que el clientelismo reduce la utilidad de la dimensión izquierda-derecha al introducir una lógica diferente en la motivación del voto (Ruth 2016). Más notable aun, produce una disociación entre la orientación declarada y las actitudes políticas reales de los ciudadanos. La dimensión ideológica siempre tuvo una importancia reducida en América Latina, y ahora que mengua en el resto del mundo declina todavía más en la región.

Si no hay elementos objetivos incontestables, ¿qué es lo que define la ubicación ideológica de un líder o partido? La respuesta sólo puede ser una: la intersubjetividad. No importa si se es pobre como Mujica o rico como Cristina, militar amotinado como Chávez o economista doctorado en EE.UU. como Correa. El hecho de que alguien se identifique con una ideología, y los demás lo reconozcan como miembro del club, es lo que valida la etiqueta. Así como Mónaco o San Marino no cumplen ninguna de las condiciones objetivas de la estatalidad pero integran las Naciones Unidas, así el nicaragüense Daniel Ortega es considerado de izquierda aunque prohíba el aborto ante riesgo de muerte materna, entregue territorio nacional a un magnate chino y presida uno de los cuatro países del mundo que mantienen relaciones diplomáticas con Abjasia y Osetia del Sur. El reconocimiento de los pares cierra la discusión: en América Latina, la izquierda es lo que los presidentes que se dicen de izquierda dicen que es de izquierda.

Con base en esta definición, la llegada de Chávez al poder, en 1999, inició una ola que cubrió sucesivamente a Chile (2000), Brasil (2003), Argentina (2003), Uruguay (2005), Bolivia (2006), Nicaragua (2007), Ecuador (2007), Paraguay (2008) y, muriendo en la playa, Perú (porque Ollanta Humala, cuando accedió a la presidencia en 2011, ya no era chavista). En América del Sur sólo Colombia surfé la ola. Por arriba de ella bailoteaba la espuma de la reforma y la revolución; por abajo, el agua se mantenía estanca. A modo de ejemplo, el Gráfico 1 muestra la distribución del voto entre los partidos brasileños a lo largo de dos décadas. Aunque se manifiesta alguna volatilidad electoral, ella fue interna a los dos grandes bloques ideológicos y no alteró gran cosa la relación de fuerzas entre ellos.

Gráfico 1

Brasil: porcentaje de votos por partido, 1994-2014



Nota: los partidos están presentados ideológicamente, los de izquierda (de arriba hacia abajo) y los de derecha (de abajo hacia arriba).

Fuente: elaborado por Fernando Guarnieri, profesor de IESP-UERJ.

Si Brasil es representativo del giro latinoamericano a la izquierda durante la última década, la estabilidad de las preferencias sugiere que no hubo una transferencia significativa de electores hacia la izquierda del espectro ideológico. Pero lo que este

gráfico no mide es la intensidad de las preferencias. Eso quiere decir que, aunque se mantuviera estable la distribución entre los polos, podría haber crecido la animosidad entre ellos. Y de hecho esto es lo que aconteció.

La izquierda y la nueva estabilidad política en América Latina

Contra lo que habríamos esperado históricamente, el ascenso de la izquierda y el incremento de la polarización ideológica no derivaron en quiebra de la democracia. Entre 1985 y 2005, en cambio, varios presidentes electos habían visto sus mandatos interrumpidos. Algunos eran de izquierda y otros de derecha. Sólo en Sudamérica, o sea excluyendo América Central y el Caribe, la lista incluye tres casos bolivianos, tres ecuatorianos, dos argentinos y uno de Brasil, Paraguay, Perú y Venezuela. Únicamente Chile, Colombia y Uruguay se mantuvieron al margen de la “nueva inestabilidad política”, como definió Aníbal Pérez Liñán (2007) al hecho de que los presidentes siguieran cayendo pero la democracia no. La sucesión, cuando se producía una acefalía por renuncia o destitución, era encauzada mediante procedimientos constitucionales. Todas las caídas tuvieron un componente extrainstitucional: la movilización popular, que generalmente tuvo lugar en las calles de la ciudad capital (Hochstetler 2006). La mayoría de los casos tuvo un segundo actor clave: el Congreso, que al entrar en conflicto con el Ejecutivo generó un duelo entre legitimidades democráticas (Llanos y Marsteintredet 2010). Las consecuencias de las interrupciones presidenciales fueron menos agrias de lo que cabría prever. Aunque atentaban contra el principio basilar del presidencialismo, el mandato fijo del jefe de Gobierno, no necesariamente erosionaron los principios democráticos. Al contrario, Marsteintredet y Berntzen (2008) sugieren

que la flexibilización del mandato fijo fue una manera de salvar la democracia, y Hochstetler y Samuels (2011) afirman incluso que la remoción anticipada de algunos presidentes ha reforzado al gobierno representativo, poniendo la rendición de cuentas por sobre la inmunidad del cargo.

En cualquier caso, hasta 2005 la probabilidad de que un presidente latinoamericano terminara su mandato era apenas superior a la de que no lo hiciera.

Y de repente la inestabilidad se terminó. El péndulo cruzó limpiamente hacia el otro lado y la reelección se tornó garantizada: presidente que la buscaba la lograba. Al menos eso ocurrió durante tantos años que una moda pareció tornarse regla. Seis de los diez países sudamericanos reformaron sus Constituciones para permitir la reelección presidencial sucesiva: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y Venezuela. Cuando la reforma la realizó la derecha, como en Argentina, Brasil y Colombia, sólo se habilitó un periodo consecutivo más. Cuando la realizó la izquierda, en Ecuador y Venezuela, se permitió la reelección indefinida. Como explica Pablo Stefanoni en este volumen, Bolivia fue la excepción pero no por falta de voluntad: en 2016 Evo Morales perdió el referéndum que le habría permitido una nueva reelección. Enfrente, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay mantuvieron la prohibición.

El parteaguas fue abrupto.

Entre el inicio de la democratización y 2005, durante un periodo de veinte años, trece presidentes sudamericanos no lograron finalizar su mandato. En contraste, sólo cinco fueron reelectos (Tabla 1) (página 54). Es cierto que en la primera década pocas Constituciones permitían la reelección consecutiva. Aun así, la prohibición de un segundo mandato no obliga a acortar el primero: las interrupciones presidenciales expresaron inestabilidad política y no limitaciones constitucionales. Fernando de la Rúa, que estaba habilitado para la reelección, ni siquiera llegó a plantársela y debió renunciar en la mitad de su primer periodo.

Tabla 1

**Interrupción versus reelección presidencial
en América del Sur, 1985-2015**

	1986-2005 (20 años)	2006-2015 (10 años)
Interrupciones presidenciales	13	1
Reelecciones presidenciales	5	10

A partir de 2006 todo cambió. En los diez años siguientes, sólo un presidente (Lugo, que no tenía reelección) debió irse antes de tiempo mientras diez (el doble que en el veintenio precedente) fueron reelectos. El único que estuvo en condiciones de seguir pero prefirió no hacerlo fue Néstor Kirchner, quien consagró la sucesión por vía conyugal en la esperanza de una reelección alternada. Y muchos creyeron que esta tendencia podía proyectarse indefinidamente.

Si consideramos las tres décadas de democracia como un único periodo indiferenciado, verificaremos que catorce presidentes cayeron antes de tiempo y quince fueron reelectos: dos conjuntos casi idénticos. Pero como las reelecciones ocurrieron más recientemente y la memoria es tramposa, uno de los dos conjuntos tapó al otro y lo dejó en el olvido. Hoy que las condiciones están cambiando y los oficialismos pierden o cortan clavos, es oportuno preguntarse si hay alguna variable que explique tanto la inestabilidad anterior como la continuidad reciente. La ideología no califica: entre los eyectados precozmente hay izquierdistas (Fernando Lugo) y derechistas (Alberto Fujimori), y entre los reelectos también (Hugo Chávez y Álvaro Uribe). Los politólogos brasileños Daniela Campello y Cesar Zucco sugieren una respuesta alternativa.

En un artículo cuya versión preliminar se titulaba “Mérito o suerte”, Campello y Zucco (2016) identificaron los determinantes del voto en América Latina y llegaron a una conclusión: los electores premian o castigan a sus presidentes por causas ajenas a la gestión. El estudio revela que es posible predecir la reelección del presidente o de su partido sin apelar a factores domésticos: basta considerar el precio internacional de los recursos naturales (léase valor de las exportaciones) y la tasa de interés estadounidense (léase valor del crédito y la deuda). Como dicen, “It’s the economy, stupid!”. Desde otros tiempos y otras latitudes, los frustrados intentos de reelección de Jimmy Carter en 1980 y George H. W. Bush en 1992, del nicaragüense Daniel Ortega en 1990 y del dominicano Hipólito Mejía en 2004 reflejan un patrón similar. Los oficialismos latinoamericanos de hoy en día no están condenados a la derrota, pero la garantía de victoria ha caducado junto con el súperciclo de las *commodities*.

Si Raúl Prebisch se reencarnara en los tiempos presentes, bien podría ser politólogo: al final, los términos de intercambio determinan no sólo la fortuna de los países sino el futuro de sus presidentes. Lo que el fundador de la CEPAL no previó es que esos términos no siempre se deterioran; durante algunos periodos, la periferia supo beneficiarse de su condición de proveedora de alimentos y energía. Después de tanto debate sobre progresismo y populismo, los padres de la voluntad política resultaron ser la soja y el petróleo. Pero la madre es China.

Dos politólogos brasileños, Fernando Limongi y Fernando Guarnieri (2014), escribían hace poco que “desde 1994, dos –y los mismos dos– partidos dominaron las elecciones presidenciales brasileñas. El comportamiento de los electores es altamente previsible”. Esos tiempos están terminando. En países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, la izquierda llegó al poder debido al colapso económico y la erosión o destrucción

del sistema de partidos. En el Brasil y la Venezuela actuales, en contraste, la izquierda está a punto de dejar el poder en un escenario similar. Es difícil imaginar las consecuencias regionales de estos dos casos paradigmáticos, pero algo parece claro: lo que llegó como salvación tiene cada vez más cara de condena. La izquierda sanó, reconstruyó y dio certezas. Cuando su caída se consume le tocará a otro actor, de rostro aún incierto, cumplir la misma función.

La izquierda latinoamericana y sus causas

Durante la primera década del siglo XXI se produjo un fenómeno que cambió el mundo: el ascenso de China al palco económico global. Aunque la subida venía de antes, a partir del año 2000 se aceleró raudamente. Entre 1980 y 2015, el PBI chino pasó de ser un noveno del estadounidense a igualarlo. Como porcentaje del PBI global, China pasó del 4% al 17% y sigue creciendo, mientras las potencias tradicionales retroceden. En el mismo periodo, Japón pasó del 9% al 4%. Estos números dan una idea del impacto global. En América Latina fue aun mayor.

Pero, como me señaló Pablo Gerchunoff, China hubo para todos: también gobiernos no izquierdistas, como el de Perú, se beneficiaron de su ascenso. Fue fortuito que, al iniciarse la década mágica, la mayor parte de los países latinoamericanos estuvieran liderados por fuerzas de izquierda. Será preciso agradecerle al ajuste neoliberal de los noventa por haber creado las condiciones para que la izquierda estuviera en el sitio correcto en el momento oportuno.

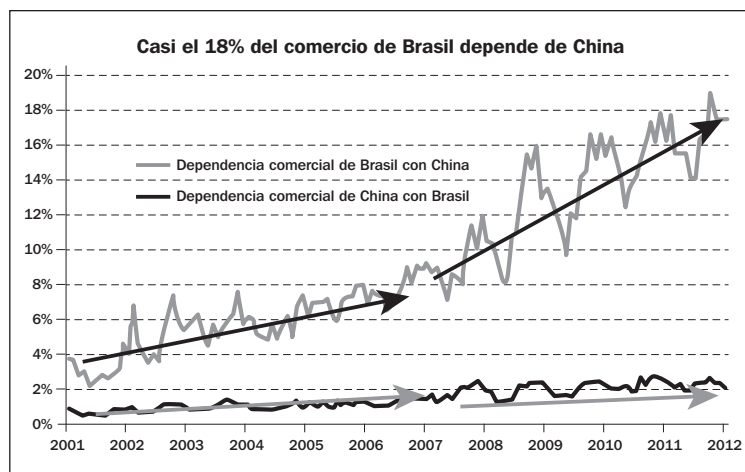
Antes de China estaba Estados Unidos. La idea de América Latina como patio trasero siempre tuvo un componente geopolítico y otro económico. Por un lado, la gran potencia del Norte intervenía militarmente o mediante apoyo logístico para evitar la

llegada al poder de fuerzas de izquierda. Por el otro, sus empresas explotaban los recursos naturales y lucraban con los mercados de la región. Ambas dimensiones se diferenciaban al norte y al sur de Panamá: tropas estadounidenses conquistaron la mitad del territorio mexicano y se cansaron de invadir países centroamericanos e islas caribeñas, pero en América del Sur se limitaron a ofrecer inteligencia y apoyo a los militares nativos. La dependencia económica de Estados Unidos también era mayor en el norte de la región, con Colombia y Venezuela ocupando una zona de transición.

El contraste norte-sur sólo se profundizó con la emergencia china. Cada vez son más los países sudamericanos para los que China es el principal socio comercial. El caso más extraordinario es Brasil, cuya vinculación creciente con el mercado chino llevó a los medios brasileños a hablar de una “nueva dependencia”. El Gráfico 2 (página 58) muestra cómo, en sólo una década, las exportaciones a China pasaron de menos de 4% a 18%. Las importaciones chinas desde Brasil, en cambio, se mantienen por debajo del 2%. Esta asimetría indica que el gigante sudamericano sigue siendo un pigmeo cuando se lo compara con el Goliath global. Pero el análisis cualitativo empeora la situación: mientras todo lo que Brasil exporta a China son recursos primarios, principalmente soja y hierro, todo lo que importa son manufacturas. El mismo perfil de comercio exterior se reproduce en el resto de los países sudamericanos: la región sigue siendo una periferia exportadora de *commodities*; lo que cambió es el centro proveedor de manufacturas. Por más que el milagro chino haya remolcado a las economías de América del Sur durante una década, es difícil concebir el resultado como progresista.

Gráfico 2

Interdependencia comercial entre Brasil y China, 2001-2012



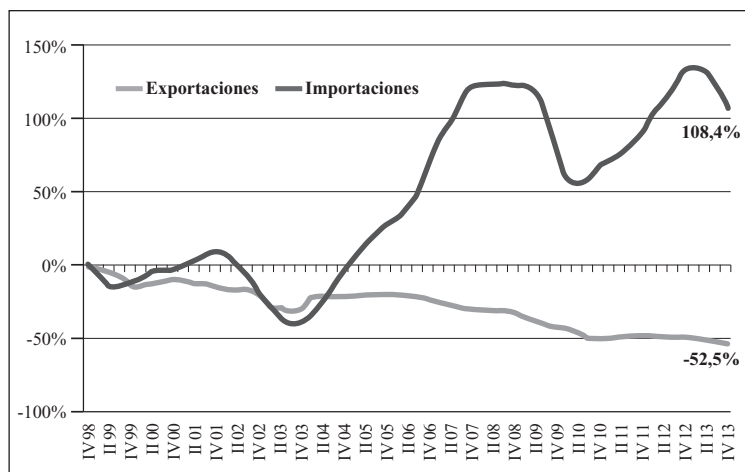
Fuente: Bloomberg.

Por supuesto que siempre se puede estar peor. Venezuela, que sigue dependiendo de EE.UU. como principal mercado importador, vio duplicarse sus importaciones en los últimos diez años, mientras las exportaciones se redujeron a la mitad (Gráfico 3). Debido principalmente a la mala gestión de PDVSA y a la caída del precio del petróleo, el resultado es la bancarrota del Estado Nacional.

Lo que tienen en común los casos brasileño y venezolano es que las causas de su desempeño económico son externas. La suba del precio de la soja y la emergencia de China beneficiaron a Brasil, mientras la baja del precio del petróleo y la crisis financiera estadounidense perjudicaron a Venezuela. Campello y Zucco tenían razón. Sin embargo, hubo factores domésticos que contribuyeron con el resultado.

Gráfico 3

Venezuela: variación acumulada de las importaciones y las exportaciones (reales y *per cápita*) 1998 - 2013



Fuente: Henkel García, director de Econometría, Venezuela.

Entre los factores que se señalan como razón de la mejora brasileña en sus indicadores económicos y sociales se encuentra el plan Bolsa Família. Ideado por Fernando Henrique Cardoso y potenciado por Lula, este programa constituye un caso típico de *conditional cash transfer*, o transferencias monetarias condicionadas. El mecanismo consiste en entregar dinero a familias con hijos que cumplan dos requisitos: enviar a sus hijos a la escuela y vacunarlos. De ese modo se pretende cortar la transmisión intergeneracional de la pobreza, ya que la falta de educación y una salud endeble son los principales obstáculos para el progreso individual. A pesar de ser el caso más conocido, el Bolsa Família es uno de muchos. Estos programas se llevaron a cabo en toda la región: Asignación Universal por Hijo (Argentina), Bono Juancito Pinto (Bolivia), Avancemos (Costa

Rica), Oportunidades (en México, que fue, de hecho, el primero en la región y lo implementó un gobierno de derecha), Bono de Desarrollo Humano (Ecuador), Juntos (Perú) y Chile Solidario, entre otros. El costo de estos programas es reducido: en Brasil no llega al 1% del PBI, mientras las jubilaciones públicas se llevan el 4%.

¿Son progresistas los programas de transferencias monetarias condicionadas? Sin duda. ¿Han beneficiado a los partidos que los han implementado? Los politólogos brasileños Sanches Corrêa y Cheibub (2016) aseguran que no. Mediante el análisis de datos de todos los países latinoamericanos, ellos confirman que los beneficiarios de los programas tienen más probabilidad de apoyar al oficialismo, pero... Al mismo tiempo, la investigación muestra que se produce un efecto opuesto en los electores del partido de gobierno que no reciben el programa, y se vuelcan entonces hacia la oposición. La consecuencia es que el efecto electoral de estos programas es indeterminado. Este efecto antioficialista había sido subestimado por estudios anteriores, aunque Zucco y Power (2013) ya habían mostrado que el Bolsa Familia había modificado los padrones de votación en Brasil, trasladando la base electoral del PT desde la periferia industrial paulista hacia los estados más pobres del nordeste.

Otra investigación reciente sobre el caso brasileño va más allá: afirma que no fue el programa Bolsa Família lo que acabó con el histórico predominio conservador del nordeste brasileño sino la construcción de un aparato territorial por parte del PT. Van Dyck y Montero (2015) muestran que fue el abrupto incremento de las finanzas partidarias lo que le permitió al PT abrir comités en las municipalidades más pobres y zonas rurales del interior, donde hasta entonces no había rival para los caudillos y hacendados (los famosos “coroneles” brasileños). Más que la sociedad civil, el crecimiento económico y los programas de transferencias condicionadas, fue la penetración territorial de arriba hacia abajo

de un partido nacional lo que permitió ganar legisladores, intendentes y gobernadores en distritos antes esquivos. La moraleja es que no fue la ideología sino la organización lo que contribuyó al éxito del PT.

La izquierda latinoamericana y sus consecuencias

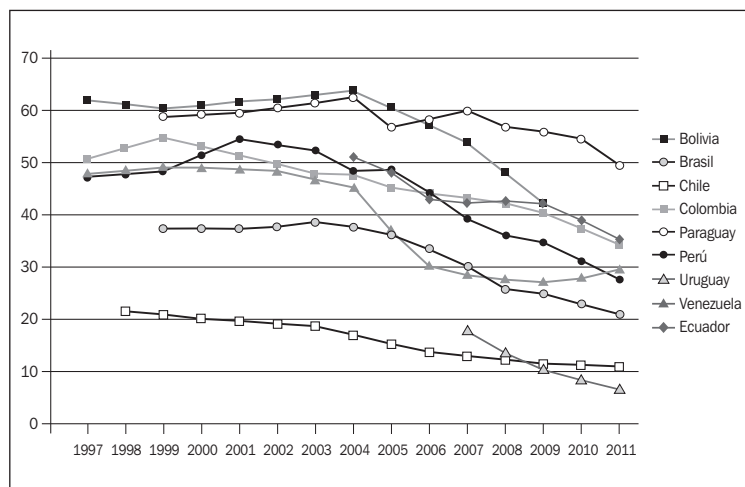
Si las causas de la perdurabilidad de la izquierda fueron (a) los altos precios de las *commodities*, (b) el ascenso de China, (c) los programas de transferencias monetarias y (d) el perfeccionamiento de la organización partidaria, las consecuencias fueron múltiples pero más matizadas. Por un lado, durante el cenit de la ola rosa (a) se redujo la pobreza en casi todos los países de la región. Por el otro, se manifestaron fenómenos crecientes de (b) reprimarización productiva, (c) hiperpresidencialización política y (d) fragmentación regional.

La reducción de la pobreza, quizás el único indicador relevante que no está graficado en el magistral capítulo de Marcelo Leiras, se muestra en el Gráfico 4 (página 62). Tres elementos llaman la atención. Primero, falta Argentina: la razón es que su gobierno falsificó las estadísticas entre 2007 y 2015. Segundo, aunque el último año de medida es 2011, en Venezuela se observa que la pobreza había vuelto a aumentar, anticipando el colapso económico total que sufre en 2016. Tercero, y más relevante, la pobreza bajó en todos los países, incluyendo a Colombia, Paraguay y hasta Perú, que no tenían gobiernos de izquierda. La conclusión sólo puede ser una: entre los gobiernos de izquierda y la disminución de la pobreza no hay una relación causal, sino que ambos son consecuencia de un factor común. Y ese factor es China consumiendo *commodities* sudamericanas. Incluso la recaída venezolana puede explicarse por el derrumbe del precio del petróleo.

Gráfico 4

Las venas cicatrizando de América Latina

Tasas de pobreza nacionales, CEPAL



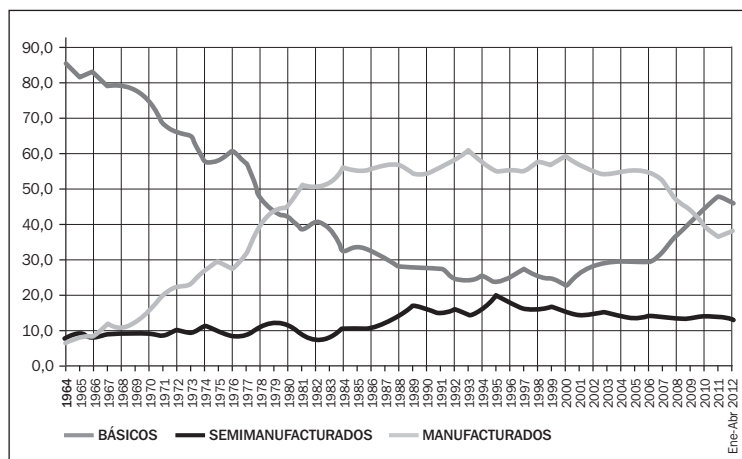
Elaboración: Lucas Llach (2013), <http://blogs.lanacion.com.ar/ciencia-maldita/international-geographic/la-pobreza-en-la-venezuela-de-chavez/>

La *reprimarización productiva* se hace más evidente en el país que había alcanzado el mayor grado de industrialización. En el Gráfico 5, extraído del portal del Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior de Brasil, se observa que las exportaciones llegaron a componerse de un 60% de manufacturas... la década anterior a la llegada del PT al poder. A partir de la crisis global de 2007-8, los recursos naturales empiezan a crecer hasta superar las exportaciones industriales. A partir de 2012, el Ministerio siguió brindando los datos crudos de comercio exterior pero dejó de elaborar el gráfico, que iba a contramano del discurso oficial.

Gráfico 5

Exportaciones brasileñas por factor agregado

1964 a 2012 - Participación %



Fuente: Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior de Brasil:

http://www.mdic.gov.br/arquivo/secex/balanca/outras/FAT_EXP.xls

La Tabla 2 (página 64) es aun más elocuente porque permite la comparación con los contramodelos argentino y mexicano. Entre 2005 y 2010, Brasil redujo su componente industrial exportador casi hasta el nivel argentino: alrededor de un tercio del total. México, mientras tanto, se mantuvo en elevadísimos tres cuartos. Las manufacturas como proporción del PBI empeoran todavía más la imagen brasileña: ¡es menor que en Argentina, un país cuya industria fue supuestamente arrasada por la dictadura y el neoliberalismo! Más irrisorio aun, el peso de la industria brasileña en la economía nacional es ocho veces menor que el de la mexicana. Con algo de cinismo, el corolario es que para industrializarse no importan las ideologías políticas ni los proyectos desarrollistas: basta con ser satélite de Estados Unidos en vez de China. La excepción es, como casi siempre, Venezuela. A pesar de su discurso

anti yanqui, el chavismo no logró reemplazar al imperio como principal destino de sus exportaciones. Y como el 95% de lo que exporta es petróleo y el 70% de lo que consume es importado, la Revolución Bolivariana depende para subsistir de dos elementos: el precio del crudo y las compras al enemigo. La ideología y la diversificación productiva están bien guardadas.

Tabla 2

Participación de las manufacturas en las exportaciones y el PBI de países latinoamericanos

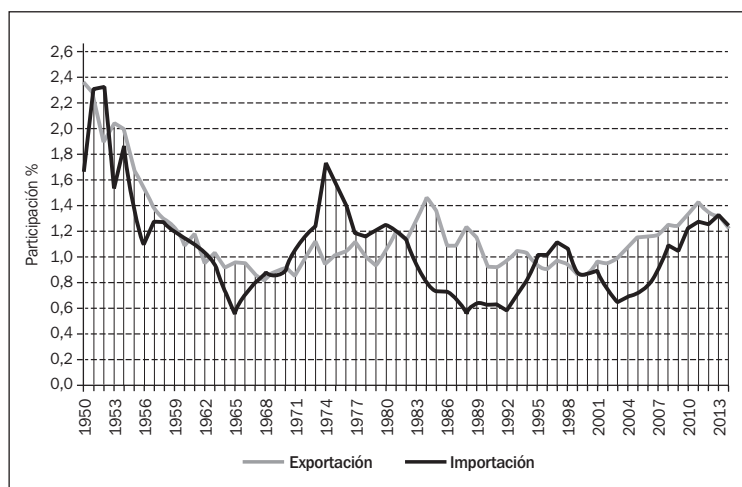
	% Exportaciones totales		% PBI	
	2005	2010	2005	2010
Argentina	30,7	32,2	7,88	7,09
Brasil	52,7	36,4	8,03	3,97
Chile	13,7	10,4	5,61	4,18
Perú	14,7	10,9	3,64	2,74
Colombia	34,7	22,1	5,86	3,46
México	77,0	74,7	21,01	22,72
Venezuela	9,4	n.d.	3,69	n.d.

Fuente: CEPAL. Elaboración: Ramiro Albrieu (*La bonanza latinoamericana y el efecto China. Parte 2*).

A la gran potencia regional le fue mejor, pero no tanto. El Gráfico 6 muestra que la reprimarización de la economía brasileña no se debió a una explosión de exportaciones agropecuarias o mineras. Al contrario, contra la visión convencional de Brasil como una potencia emergente, su incidencia en el comercio global es establemente baja. Con una población que constituye el 3% de la humanidad, su participación en el 1,2 % de los flujos internacionales de bienes es pobre y no justifica la desindustrialización relativa.

Gráfico 6

Participación de Brasil en las exportaciones e importaciones mundiales



Fuente: Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior de Brasil:

<http://www.mdic.gov.br/arquivo/secex/balanca/outras/evolu%C3%A7%C3%A3o.xls>

La *hiperpresidencialización* de la política regional no es un invento de la izquierda. El *interpresidencialismo*, definido como las relaciones directas mediante las cuales los presidentes latinoamericanos utilizan sus atribuciones institucionales domésticas para negociar entre sí y resolver conflictos internacionales, fue identificado durante la década de 1990 (Malamud y Schmitter 2006). Pero en los años 2000 alcanzó la apoteosis. El caso más gráfico sucedió cuando tres presidentes decidieron suspender a Paraguay del Mercosur mientras aceptaban el ingreso de Venezuela, que el Congreso paraguayo rechazaba. El proceso ya fue descrito en detalle (Malamud 2015), pero cabe un resumen.

En junio de 2012 la Cámara de Diputados paraguaya alegó mal desempeño del presidente Lugo y lo denunció ante el Senado

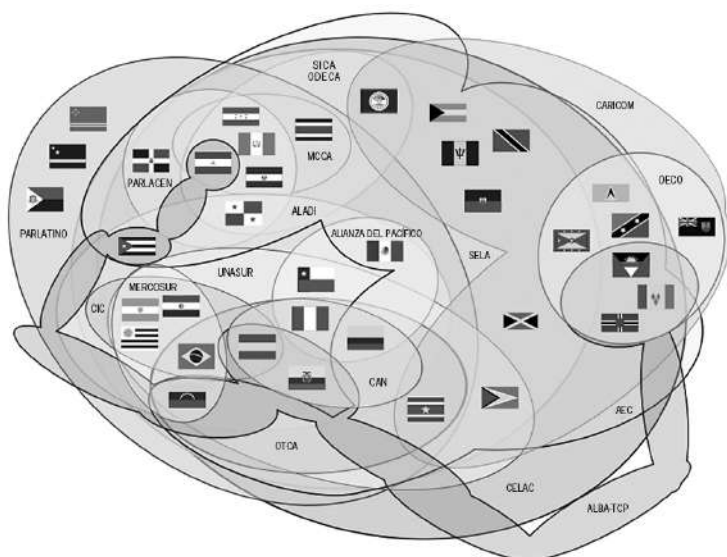
por 76 votos contra 1 (sí, uno). Por 39 votos contra 4, el Senado aceptó los cargos y destituyó al mandatario. Lugo, que había anticipado que aceptaría el resultado, se desdijo y recurrió a la Corte Suprema. Por unanimidad, ésta rechazó el recurso y validó el procedimiento del Congreso. El vicepresidente, que había sido electo con el presidente y contaba con la misma legitimidad constitucional y electoral, asumió la Presidencia.

Una semana después, los otros tres presidentes del Mercosur (Dilma, Cristina y Pepe Mujica) se reunieron en Mendoza y emitieron una declaración en la que suspendían a Paraguay del bloque. A continuación aprobaron el ingreso de Venezuela a la organización, cuyo protocolo de ratificación había sido retirado del Senado paraguayo. En síntesis, tres presidentes decidieron, sin ninguna intervención legislativa ni judicial de sus países ni del Mercosur y sin recibir a la parte acusada, suspender a un miembro y aceptar a otro en oposición a la voluntad manifestada por el Congreso, la Corte y el Presidente en funciones del miembro excluido. Y lo hicieron mediante una declaración de prensa, ya que no había instrumento legal que permitiera tomar esa decisión. Procedimientos habitualmente reivindicados por el progresismo como la participación de la sociedad civil, la deliberación pública y el derecho a la defensa cedieron paso ante la voluntad de tres personas. El regionalismo terminó convertido en un club de presidentes cuya función es la protección colectiva contra sus adversarios domésticos

La *fragmentación regional* es el más contraintuitivo, y a la vez más evidente, resultado de la década en que predominaron los gobiernos de izquierda. Es contraintuitivo porque el discurso fue siempre explícitamente integracionista. Y es evidente porque la proliferación de bloques regionales, que dividen la región en crecientes segmentos superpuestos, se observa tomando en cuenta cualquier indicador, como por ejemplo la multiplicidad y divergencia de las diversas asociaciones (véase Gráfico 7).

Gráfico 7

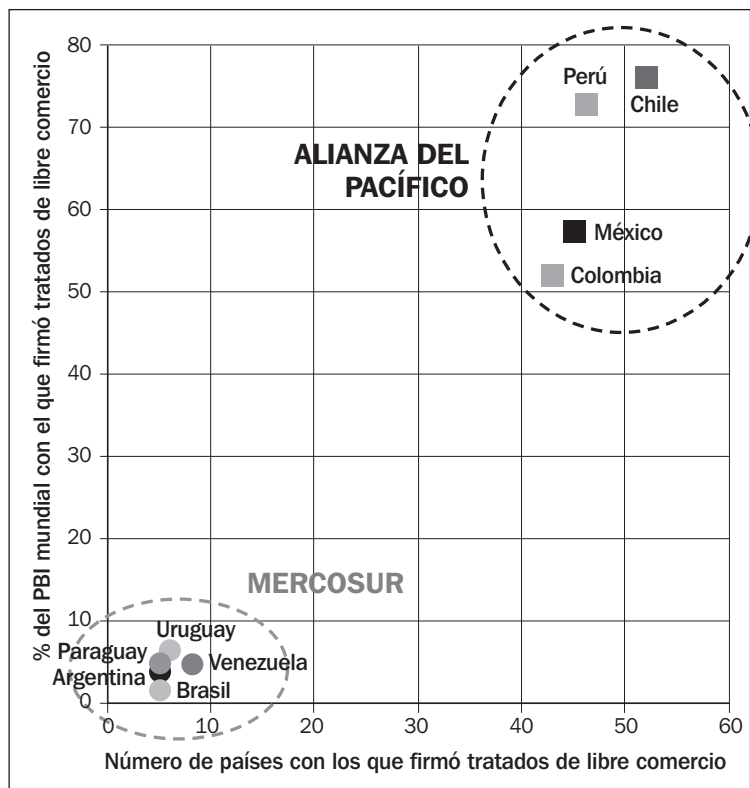
Fragmentación y superposición: bloques regionales en América Latina



Fuente: Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Integraci%C3%B3n_latinoamericana

El fracaso de la integración regional no puede ser adjudicado exclusivamente a la izquierda. Al contrario, podría ser precisamente el resultado del clivaje ideológico, con los países gobernados por la izquierda yendo en una dirección y los de derecha en otra. Esto es lo que sugieren las políticas de apertura comercial, mucho más abiertas en los países del Pacífico que en los del Atlántico (Gráfico 8, página 68). En cualquier caso, el socialista Chile se alinea con los librecambistas mientras el conservador Paraguay se mantiene entre los proteccionistas, lo que sugiere —otra vez— que la actitud respecto al libre comercio depende más de la geografía y de los socios comerciales que de la ideología.

Gráfico 8
Número y tamaño de los acuerdos comerciales firmados



Fuente: BBVA Research y la OMC.

En las décadas de 1960 y 1970, la integración latinoamericana fue promovida sobre todo por tecnócratas desarrollistas como Raúl Prebisch y organismos multilaterales especializados como la CEPAL. Notablemente el Mercosur, la organización que se tornaría un símbolo para el progresismo regional, fue fundado por los presidentes más neoliberales de la historia: Carlos Menem,

Fernando Collor de Mello, Luis Alberto Lacalle y Andrés Rodríguez. Si bajos niveles iniciales de interdependencia asociados con una activa diplomacia presidencial permitieron al Mercosur triplicar sus flujos comerciales internos en seis años y proyectarse internacionalmente como un actor promisorio, la posterior retracción de la interdependencia y la ausencia de instituciones operativas impidieron la profundización del proceso y lo desgastaron por fatiga. El hecho de que el Mercosur siga siendo un asunto de presidentes y cancilleres demuestra que su funcionamiento no ha sido internalizado sino que se mantiene como una cuestión de política exterior.

Aunque el interpresidencialismo originario fue efectivo, el tardío moldeó un bloque institucionalmente invertebrado. Si se piensa al Mercosur como una comunidad política, rápido se descubrirá que ninguno de sus poderes funciona. Ciertos roles ejecutivo-ceremoniales fueron delegados en dos cargos creados *ad hoc*, primero la Presidencia de la Comisión de Representantes Permanentes y después el Alto Representante General. Eduardo Duhalde y Chacho Álvarez ejercieron mandatos frustrantes en el primero y se alejaron con críticas, tal como Samuel Pinheiro Guimarães hizo en el segundo. A su vez, la principal característica del Parlamento del Mercosur consiste en haber violado todas las cláusulas relevantes del tratado constitutivo, tanto en lo que se refiere a la composición como al mecanismo de elección de los representantes y a la organización interna en bloques político-ideológicos –en vez de por nacionalidad–. Más significativo aun es que carece de cualquier competencia legislativa. Finalmente, el Tribunal Permanente de Revisión no cumple funciones judiciales: además de ser optativo y de acatamiento voluntario, o quizás por eso, sus servicios jurisdiccionales sólo fueron requeridos seis veces desde 2005, y la mitad de ellas fue para aclarar o reinterpretar sentencias anteriores. Si a todo esto se agrega que la mitad de las normas que requieren transposición doméstica no están en

vigor porque al menos un Estado miembro no la ha aprobado, el resultado es un bloque privado de reglas y de consecuencias. El hecho de que, aun así, muchos lo consideren como el más exitoso de la región es expresivo de la situación de los demás.

La decadencia de la integración se esconde bajo pilas de eufemismos. El primero es la institucionalización: cada vez que surge un problema, los líderes regionales le echan encima una nueva institución. En jerga académica esto se llama *spillaround* (desparramo). Se distingue del *spillover* (desborde), que incrementa la autoridad regional, porque crece hacia los lados pero no en profundidad. El regionalismo latinoamericano es un enano cada vez más gordo. El segundo eufemismo son “las nuevas agendas”: como estos bloques no formulan ni implementan políticas, sus funcionarios se dedican a discutir temas. Las agendas de ciudadanía o derechos humanos disimulan así la ausencia de políticas de ciudadanía o derechos humanos. Bienvenidos al Versosur.

¿Cuánto hay de izquierda en los gobiernos de izquierda?

Algunos querrán disculpar los fracasos de la izquierda responsabilizando a sus adversarios. Algunos de sus argumentos son razonables.

En los últimos veinte años, el sistema político brasileño desarrolló tres constantes: multipartidismo en el Congreso, bipartidismo en la Presidencia y coaliciones en el Gabinete.

La enorme cantidad de partidos representados en el Congreso no es trivial: Brasil tiene el Parlamento *mais fragmentado do mundo*. El número efectivo de partidos es superior a trece, lo que equivale a alinear trece bloques parlamentarios con 8% de las bancas cada uno. En la práctica, en 2016 y después de trece años en el poder, el gobernante Partido de los Trabajadores (PT) no

llegaba al 15% en la Cámara de Diputados ni en el Senado, donde era superado por el PMDB. Éste carece de ideología, es heredero de la oposición permitida durante el régimen militar y fue hasta anteaer aliado del PT, que le pagó con la Vicepresidencia de la República, varios ministros y la Presidencia de ambas Cámaras. Pero aun con esta alianza el quórum quedaba lejos. En consecuencia, la construcción de una mayoría legislativa para aprobar los proyectos del Ejecutivo requirió la compra de muchas voluntades –literalmente–. Que la gobernabilidad haya sido posible no significa que fuera gratis. La corrupción lubricó un sistema que no podía funcionar sin ella. La fragmentación partidaria –y el lubricante– se extiende por el territorio nacional, donde 27 estados son gobernados por seis partidos diferentes. El PT sólo controla cinco. La tormenta perfecta de recesión económica, escándalos políticos, movilización social y quiebra de la coalición legislativa acabó con la izquierda en el gobierno sin necesidad de golpe –ni de elecciones–.

Paradójicamente, en las presidenciales el país ha sido bipartidista a partir de la primera elección de Fernando Henrique Cardoso. Desde 1994, dos partidos se alternaron en el primero y segundo lugar: el PT y el PSDB. Un partido más grande que los anteriores, el PMDB, no presenta candidatos pero acostumbra incluir a uno de sus hombres como vicepresidente en la fórmula de alguno de los otros dos. Cuando su aliado es derrotado, no tiene complejos en correr en auxilio del vencedor. La competencia estadual (provincial) también es cruzada y confusa: el partido de la candidata presidencial Marina Silva, por ejemplo, apoyó a candidatos a gobernador del PT en algunos estados y del PSDB en otros, a pesar de enfrentar a ambos partidos por la Presidencia.

La combinación de fragmentación parlamentaria con bipartidismo presidencial se manifiesta en una fórmula de gobierno llamada “presidencialismo de coalición”. Los brasileños adaptaron al presidencialismo una práctica típica del parlamentarismo y la

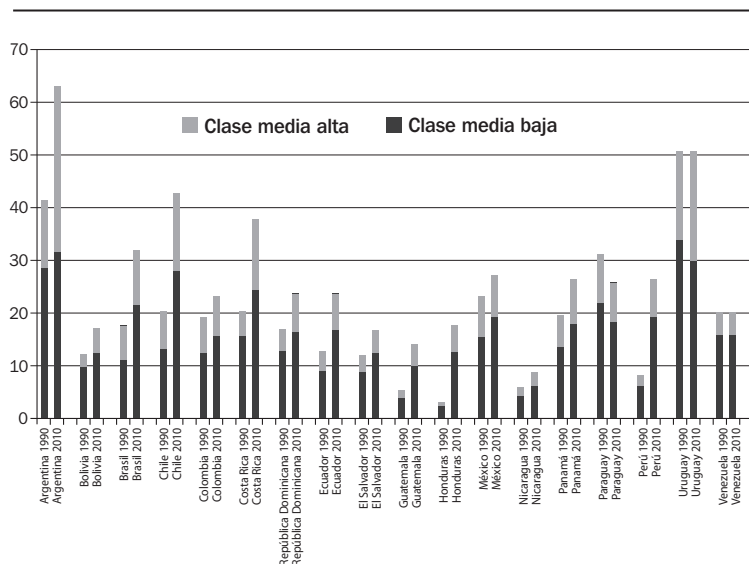
exportaron a toda la región. La fórmula, sin embargo, tiene contraindicaciones y efectos secundarios. El más visible es un Gabinete loteado y sobredimensionado, que llegó a incluir 39 ministros de diez partidos cuyas ideologías recorrían todo el espectro ideológico. El PT nunca lideró un gobierno de izquierda: fue un partido de izquierda liderando un gobierno de retazos. La consecuencia fue un país que se gobierna pero no se reforma, porque el presupuesto alcanza para pagar políticos pero no políticas. Aunque, en los últimos dos años de Dilma, tampoco se gobernaba.

El juicio político fue consecuencia de una acumulación de causas que la literatura académica conoce bien: recesión económica, escándalos políticos, protesta social y, finalmente, ruptura de la coalición gobernante y el escudo legislativo que ésta brindaba.

El caso venezolano es aun más extremo, porque el gobierno fue más radical y su fracaso más monumental. La Tabla 3 (página siguiente) grafica ese fracaso: en medio del mayor boom petrolero de la historia, Venezuela fue el único país de América Latina cuya clase media no creció (la excepción es Uruguay, porque su clase media ya era enorme).

Hay que ser claro: Venezuela no era una dictadura hasta mayo de 2016, cuando Maduro, contra la voluntad de la Asamblea Nacional, dictó un decreto extendiendo el estado de excepción y emergencia económica que suspendió garantías constitucionales y le aseguró poderes extraordinarios. Hasta entonces, con más o menos prolijidad, los gobiernos habían sido electos y podían perder el poder mediante procedimientos constitucionales, incluyendo la revocatoria de mandato. Además, los gobiernos democráticos de la región le habían otorgado el reconocimiento de pares, nunca activando las cláusulas democráticas que aparecen en los tratados de la OEA, UNASUR y Mercosur. Está por verse si esto cambia ahora que Brasil cesó de funcionar como garante del chavismo y el secretario general de la OEA dejó de hacer equilibrio para acusar a Maduro de “dictadorzuelo”.

Tabla 3



Elaboración: Javier Corrales sobre datos de la Corporación Andina de Fomento (CAF).

Pero Venezuela ya no era una democracia desde tiempo atrás: la cancha de juego estaba inclinada y la oposición enfrentaba limitación de derechos y represión. Al encarcelamiento inicial de chavistas disidentes, como el general Raúl Baduel, se añadió después el de Leopoldo López y sus acólitos. Salvo la Legislatura, los otros cuatro poderes del Estado (sí, la Constitución venezolana establece cinco) están subordinados al Ejecutivo, que carece de frenos y contrapesos institucionales. Los tiene de otro tipo, en su interior.

Hasta 2016, el régimen bolivariano podía describirse como híbrido: combinaba elementos de democracia electoral con restricciones a las libertades políticas. Para algunos, la etiqueta de “autoritarismo competitivo” acuñada por Steven Levitsky y Lucan

Way (2010) le calzaba bien; para otros, democracia revolucionaria (por contraste con la democracia burguesa) era más apropiado. Que no pudiera definirse sin recurso a adjetivos denotaba la controversialidad del régimen. Y la controversia se multiplica al interior de cada facción.

En el oficialismo, Nicolás Maduro es el hombre de Cuba y el ex presidente del Congreso Diosdado Cabello pretendió ser el del Ejército. La Patria Grande está enquistada dentro de Venezuela: entre 40.000 (confirmados) y 60.000 (probables) cubanos forman parte de la administración del Estado. Están encargados de áreas estratégicas como la inteligencia, la seguridad y la custodia del presidente. Maduro, como Chávez, no confía en venezolanos para protegerse. Por debajo, las Fuerzas Armadas bolivarianas resienten la autoridad cubana y cultivan valores soberanistas, en colusión con la boliburguesía de negocios engordada por el socialismo del siglo XXI.

En la oposición, Henrique Capriles pretendía llegar al poder por vía electoral mientras López y la proscripta María Corina Machado abogaban por el fin inmediato del gobierno. El primero apostó al trabajo y la paciencia, construyendo una alternativa contra las falencias de Maduro más que contra los logros de Chávez. Los otros incitaron la movilización callejera para generar un cambio de régimen bautizado como “la salida”.

Al principio, los países de la región aparecieron más cerca del gobierno que de la protesta. Sus razones pueden desagregarse en tres. La primera son los intereses: Brasil tiene inversiones, Colombia teme el desborde de violencia sobre sus fronteras, Argentina tenía una deuda financiera que no quería ver exigida por un gobierno menos amigable. La segunda razón es ideológica y la enarbolan los regímenes hermanos del chavismo que le deseen perdurabilidad, como Bolivia y Ecuador. La tercera razón es pragmática y deriva del análisis esbozado más arriba; países como Brasil y Chile observan que, en Venezuela, el conflicto

fundamental no es gobierno-oposición sino halcones versus palomas, que es transversal a ambos grupos. Estos países ven en Maduro a un moderado que enfrenta una oposición externa radicalizada y una oposición interna militarizada. Ante la disyuntiva de anarquía callejera o dictadura militar, Maduro (dialogando con Capriles) es el mal menor. Que este objetivo no se haya logrado es un fracaso para las potencias regionales y desnuda la impotencia de su liderazgo.

La lucha interna del gobierno bolivariano se despliega entre dos Fuerzas Armadas: las cubanas y las venezolanas. Si hoy Maduro es el representante de un régimen militar foráneo —el cubano—, su alternativa dentro del chavismo sólo podría encarnar un régimen militar nativo. La oposición aparece bloqueada por el cerco que el régimen ha colocado sobre el Congreso. El único Estado extranjero con capacidad de influir sobre los acontecimientos —Cuba— se halla concentrado en el proceso de paz colombiano y en su propia reaproximación a Estados Unidos. Venezuela está a la deriva y todos los escenarios dibujan, más cerca o más lejos, el abismo.

Los resultados regionales son menos trágicos pero no espectaculares. “Hemos arado en el mar”, murmuró Simón Bolívar antes de expirar. Líderes posteriores como Perón y Chávez le dieron la razón al reclamar una segunda independencia, admitiendo que la primera había fracasado. ¿Qué garantías hay de que, con la nueva izquierda en el poder, la Patria Grande triunfará? A juzgar por la retórica política y la frecuencia de las cumbres presidenciales, la unidad continental está al alcance de la mano. Pero si se analizan los estancados niveles de interdependencia y la acumulación progresiva de bloques subregionales, la conclusión es menos complaciente.

Los países latinoamericanos, tanto tomados en conjunto como en sus diversos subgrupos, realizan entre sí menos del 20% de su comercio internacional. Por comparación, ese indicador es

del 66% en Europa y del 50% en América del Norte. La razón es que los polos gravitacionales son potencias extra-regionales: para América Central, el Caribe y México, la mayor parte del comercio, inversiones, turismo y remesas proviene de Estados Unidos, mientras que para América del Sur la atracción de China es cada vez más evidente —e irresistible—. Las fuerzas centrífugas producidas por los gigantes mundiales desgarran a América Latina más de lo que la voluntad política cohesiona. Si bien en la historia de la integración latinoamericana siempre convivieron proyectos contrastantes (la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y el Mercado Común Centroamericano en los 60, la Comunidad Andina y el Mercosur en los años 90), la rivalidad en ciernes entre el Mercosur ampliado y la Alianza del Pacífico es la más equilibrada —y antitética— de siempre. Y dado que cada grupo incluye a uno de los dos gigantes regionales, proyectos supuestamente de síntesis como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) sólo pueden interpretarse como foros de diálogo y cooperación, y no como mecanismos de integración. De hecho, la CELAC no tiene tratado fundacional ni instituciones de sostén.

La integración monetaria también avanza, pero no en la dirección sugerida por proyectos emancipadores como el Sucre (Sistema Unitario de Compensación Regional). Ecuador, El Salvador y Panamá tienen como moneda nacional al dólar estadounidense, pese a que los dos primeros están gobernados por la izquierda desde hace años. Otros seis miembros de la CELAC comparten el dólar del Caribe Oriental. Entretanto, los muy progresistas gobiernos de Argentina y Uruguay debieron resolver sus cuitas en la Corte Internacional de La Haya. Todo ello resulta una anécdota al lado de que Bolivia y Chile, ambos gobernados por coaliciones progresistas y miembros de UNASUR y de CELAC y asociados al Mercosur, no mantienen relaciones diplomáticas desde hace casi cuatro décadas.

En los últimos tiempos se tornó frecuente la exaltación de la voluntad política como combustible para construir la unidad latinoamericana. Se desatienden así las enseñanzas tanto de Marx como de Gramsci, el condicionamiento de la estructura y la correlación de fuerzas. La integración requiere condiciones materiales como la complementariedad de las economías y, además, sujetos sociales capaces de llevar adelante las transformaciones requeridas. Pero las economías latinoamericanas, si bien ya no son competitivas entre sí porque el mundo post-hegemónico ofrece lugar para todos, tampoco son complementarias –porque el mundo tira para afuera más que la región para adentro–. Y los sujetos sociales que compelan a sus países a compartir la soberanía con los vecinos tampoco están presentes: ¿o alguien piensa que la coalición gobernante brasileña aceptaría que la distribución de su petróleo submarino fuera decidida en la mesa ejecutiva de la UNASUR? La defensa a ultranza de la soberanía nacional suele ser aun más aguerrida en los países chicos. Si el internacionalismo fue alguna vez el sello de marca de la izquierda, el regionalismo pro-soberanista latinoamericano podría ser definido como de derecha. Sin condiciones objetivas y sin sujetos históricos, la voluntad política de presidentes circunstanciales poco más puede hacer que cumbres y arengas. Pero, como proclamó Chávez en una de sus más ignoradas autocríticas, “mientras los presidentes vamos de cumbre en cumbre, los pueblos de América Latina van de abismo en abismo”.

Palabra del Comandante.

Referencias

- Campello, Daniela y Cesar Zucco (2016), “Presidential Success and the World Economy”, *The Journal of Politics* 78 (2).
- Catterberg, Edgardo y María Braun (1989), “Izquierda y derecha en la opinión pública argentina”, *Crítica y Utopía* 18: 63-79.
- Corrales, Javier (2012), “The incumbent’s advantage in Latin America: larger than you think”, *Vox Lacea*, subido el 18 de diciembre. Hay adaptación actualizada en castellano: “Lo que sorprende y no sorprende de la reelección de Santos”, <http://www.condistintosacentos.com/lo-que-sorprende-y-no-sorprende-de-la-re-eleccion-de-santos>, subido el 19 de junio.
- Hochstetler, Kathryn (2006), “Rethinking Presidentialism: Challenges and Presidential Falls in South America”, *Comparative Politics* 38 (4): 401-418.
- Hochstetler, Kathryn y David Samuels (2011), “Crisis and Rapid Reequilibration: The Consequences of Presidential Challenge and Failure in Latin America”, *Comparative Politics* 43 (2): 127-145.
- Levitsky, Steven y Lucan Way (2010), *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Limongi, Fernando y Fernando Guarnieri (2014), “A base e os partidos: As eleições presidenciais no Brasil pós-redemocratização”, *Novos Estudos - CEBRAP* (99): 5-24.
- Llanos, Mariana y Leiv Marsteintredet (2010), *Presidential Breakdowns in Latin America. Causes and Outcomes of Executive Instability in Developing Democracies*, Nueva York y Londres, Palgrave Macmillan.

- Malamud, Andrés (2015), “El Paraguay y su integración en el Mercosur”, *Revista de Políticas Públicas* 4: 30-44.
- Malamud, Andrés y Philippe C. Schmitter (2006), “La experiencia de integración europea y el potencial de integración del Mercosur”, *Desarrollo Económico* 181: 3-31.
- Marsteintredet, Leiv y Einar Berntzen (2008), “Reducing the Perils of Presidentialism in Latin America through Presidential Interruptions”, *Comparative Politics* 41(1): 83-101.
- Ostiguy, Pierre (2008), “Entrevista a Artepolítica”, septiembre. Accesible en <http://artepolitica.com/documentos/ostiguy-artepolitica.pdf>
- Pérez Liñán, Aníbal (2007), *Presidential Impeachment and the New Political Instability in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ruth, Saskia P. (2016), “Clientelism and the Utility of the Left-Right Dimension in Latin America”, *Latin American Politics and Society* 58 (1): 72-97.
- Sanches Corrêa, Diego y José Antonio Cheibub (2016), “The Anti-Incumbent Effects of Conditional Cash Transfer Programs”, *Latin American Politics and Society* 58 (1): 49-71.
- Van Dyck, Brandon y Alfred P. Montero (2015), “Eroding the Clientelist Monopoly: The Subnational Left Turn and Conservative Rule in Northeastern Brazil”, *Latin American Research Review* 50 (4): 116-138.
- Zucco, Cesar y Timothy J. Power (2013), “Bolsa Família and the Shift in Lula’s Electoral Base, 2002–2006: A Reply to Bohn”, *Latin American Research Review* 48 (2): 3-24.

Pablo Stefanoni

Doctor en Historia (UBA), integra el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. Jefe de redacción de la revista *Nueva Sociedad*.

¿Alba o crepúsculo? Geografías y tensiones del “socialismo del siglo XXI”

Debemos batallar por el equilibrio precario y dinámico que Antonio Gramsci, uno de los grandes autores y dirigentes comunistas de nuestro siglo, describió como “pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad”.

Marshall Berman, *Aventuras marxistas*, 2003

Yo fui [como] socialista a Rusia pero el contacto con los que no tienen dudas ha multiplicado por mil mis propias dudas.

Bertrand Russell, *Teoría y práctica del bolchevismo*, 1920

Las izquierdas (casi) siempre terminan decepcionadas con las experiencias que ponen en marcha. Tanto las vías revolucionarias como las reformistas parecen hoy insuficientes para canalizar cambios profundos en el sistema capitalista. Las primeras, por su debilitamiento tras el derrumbe del llamado “socialismo real” y la consolidación de la “democracia liberal” —sobre todo en Occidente, pero también en otras parte del mundo—; las segundas, debido a su incapacidad para hacer frente a la crisis sin ceder a la ideología dominante (especialmente en su versión socialdemócrata). En este marco, en América Latina emergió una suerte de nueva izquierda que, sobre todo en el marco de la Alianza

Bolivariana para Nuestra América (ALBA), amalgamó prácticas reformistas con discurso revolucionario, en combinaciones variables que mostraron una gran capacidad para generar potentes relatos político-sociales pero también se enfrentaron a una serie de problemas vinculados con el ejercicio del poder que derivó de esa ambigüedad constitutiva –y que no es nueva– entre democracia y revolución.

A falta de mejores términos –capaces de captar la diversidad de experiencias y sus particularidades nacionales– el brasileño Emir Sader propuso calificar al nuevo ciclo como “posneoliberal” (1). Por su parte, la argentina Maristella Svampa escribió sobre un “cambio de época” no carente de tensiones (2). El ecologista de orígenes peronistas Jorge Rulli habló de una “adaptación de las izquierdas setentistas al proceso de globalización planetaria y a la emergencia de China” (3). Incluso, algunos autores destacaron las facetas “descolonizadoras” de este ciclo político (4). Para los críticos, sobre todo desde el liberalismo, se habría tratado simplemente de un nuevo ciclo populista alentado por el auge de los precios de las materias primas. También lograron cierta popularidad los análisis que hacían referencia a la existencia de dos izquierdas. Álvaro Vargas Llosa las dividió –apelando a metáforas maniqueas– en izquierdas vegetarianas (Chile, Brasil, Uruguay) e izquierdas carnívoras (Venezuela, Bolivia, Ecuador) y convocó a tener cuidado con estas últimas (5). Algunos politólogos, como recuerda Marcelo Leiras en este volumen, traducían esto como

1 Emir Sader, *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

2 Maristella Svampa, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Clacso-Siglo XXI, 2008.

3 Comentario informal a un artículo de Massimo Modonesi.

4 Véase, por ejemplo, Walter Dignolo, *La idea de América Latina*, Madrid, Gedisa, 2007, especialmente el posfacio a la edición española.

5 Álvaro Vargas Llosa, “Beware the Carnivores”, *The Washington Post*, 6/08/2006.

izquierdas ortodoxas e izquierdas heterodoxas, en relación a sus políticas económicas.

Una visión similar pero con la valoración invertida encontramos en quienes, desde la izquierda radical, realizan la misma disección pero colocando del lado correcto a los gobiernos revolucionarios (izquierdas radicales, nacionalismos revolucionarios) y del negativo a los reformistas (con tonalidades más socialdemócratas) (6). El problema de ambos enfoques es que congelan imágenes demasiado acotadas de procesos atravesados por una gran diversidad de pliegues y ángulos de análisis –y tampoco captan las a veces sorprendentes convergencias entre ambas orillas– (7). Además, se trata de una foto en movimiento, en la que Brasil pasó de vegetariano a carnívoro, al menos para la derecha de ese país impulsora del *impeachment*.

Apelando a la terminología gramsciana, el ítalo-mexicano Massimo Modonesi refirió a los procesos actuales como “revoluciones pasivas” (8), y para algunos autonomistas, como los teóricos de la posthegemonía, los gobiernos de izquierda habrían “expropiado la energía constituyente de la multitud a favor del Estado” (9) y Eduardo Gudynas, un referente del antiextractivismo, escribió sobre las “izquierdas marrones” –que no solo habrían mantenido el extractivismo como base de sus economías, sino que “lo celebran”– (10). Más recientemente, Svampa describió como “exacerbaciones populistas” las derivas de estos go-

6 Véase, por ejemplo, Claudio Katz, “Centroizquierda, nacionalismo y socialismo”, *Rebelión*, 20/02/2005. Aunque complejiza el análisis, el autor se mantiene dentro de la divisoria señalada.

7 Franklin Ramírez, “Mucho más que dos izquierdas”, *Nueva Sociedad* N° 205, septiembre-octubre de 2006.

8 Massimo Modonesi, “Caudillismos y cesarismos en la coyuntura latinoamericana y mexicana”, *desInformémonos*, 14/02/2016.

9 Jon Beasley Murray, *Posthegemonía (Teoría y política en América Latina)*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

10 Eduardo Gudynas, “La izquierda marrón”, *América Latina en Movimiento*, 2/03/2012.

biernos frente a la alternativa de corporizar a nuevas izquierdas menos binarias (11). Como se ve, hay muchas formas de englobar y acercarse a estos fenómenos desde las propias izquierdas, en un contexto de fuerte heterogeneidad. Y, luego de una larga década, encontramos también una amplia gama de decepciones frente a los procesos realmente existentes, reclamos de “reconducción” y búsquedas de recuperar la fidelidad hacia el o los acontecimiento(s) fundante(s) de cada uno de los procesos.

La diversidad fue muy amplia: un militar nacionalista en Venezuela, un ex obrero metalúrgico en Brasil –seguido luego por una ex guerrillera convertida en una gestora–, un campesino en Bolivia, un ex obispo en Paraguay (destituido por un golpe parlamentario) y un médico oncólogo en Uruguay, seguido por un ex guerrillero (y presidente-personaje como nunca lo hubo en Uruguay), un economista académico en Ecuador y una pareja peronista en Argentina. Y además, nunca antes tantos países tuvieron gobiernos identificados con la izquierda al mismo tiempo (aunque con la aclaración de que eso no impidió que las derechas mantuvieran fuertes cuotas de poder, en los Parlamentos o gobiernos regionales). A los nombrados podemos sumarle la vuelta del cuestionado Daniel Ortega en Nicaragua, la curiosa experiencia del “liberal” Manuel Zelaya en Honduras (que culminó con un golpe de Estado), el ascenso al poder del Frente Farabundo Martín de Liberación Nacional (FMLN, la antigua guerrilla) en El Salvador y la supervivencia de Cuba –aún una reserva sentimental para gran parte de las izquierdas continentales–. Pero, además, todas estas experiencias tienen como sustrato culturas políticas, trayectorias institucionales y actores sociales muy diferentes, que explican muchas de sus características: un “nacionalismo dolarizado” en Ecuador, un nacionalismo militar

11 Maristella Svampa, “Cómo ser progresista sin ser un populista”, *Perfil*, Buenos Aires, 22/08/2015.

en Venezuela, un gobierno indígena-campesino en Bolivia, una izquierda ultrainstitucional en Uruguay, un gobierno peronista de centroizquierda en Argentina, una izquierda neosocialdemócrata en Brasil y una izquierda muy débil en Paraguay (12).

En este marco, la expresión “marea rosada” [*pink tide*], utilizada en Estados Unidos para referirse al llamado “giro a la izquierda” regional, tiene la ventaja de sintetizar, con ese rojo decolorado, las tensiones entre la pervivencia de un discurso –¿y una voluntad?– de cambio radical y el *realpolitik* con el que sus representantes se desempeñaron en el poder, desde donde experimentaron la sensación de gobernar en un mundo hostil, en el cual el control estatal no alcanza para llevar adelante los cambios políticos y sociales que en otras décadas se percibían más cercanos, cuando el “viento de la historia” aún no se había disipado y parecía garantizar la llegada, tarde o temprano –y solía agregarse, “más temprano que tarde”– a buen puerto; es decir a un mundo más justo. Hoy el capitalismo globalizado, individualista, consumista y narcisista se aparece, a menudo, como un “monstruo amable” (13) y, como ya anticipara proféticamente Antonio Gramsci en sus análisis sobre las dificultades de la revolución en Occidente, este se sustenta en una amplia hegemonía política, económica y cultural. Pero, quizás más importante aun, tampoco existe mucho consenso ni claridad sobre qué cambios deberían hacerse, es decir, sobre las características de ese mundo “más justo”. No obstante, podría asociarse el giro a la izquierda a un pacto de consumo (mercado interno), un pacto de inclusión (políticas sociales) y un pacto de soberanía (independencia frente a Estados Unidos, nuevos alineamientos internacionales) que, en diversos

12 El caso chileno parece responder poco al giro a la izquierda, ya que tuvo otra temporalidad, no obstante Michelle Bachelet tuvo un acercamiento mayor a la región que otros presidentes trasandinos.

13 José Fernández Vega, “El monstruo amable. Nuevas visiones sobre la derecha y la izquierda”, *Nueva Sociedad* N° 244, marzo-abril de 2013.

grados, tiñen a todas las experiencias “rosadas” y establecieron nuevos sentidos comunes que condicionan a las oposiciones conservadoras y las obligan a incluir, con fe o sin ella, algunos de estos tópicos en sus agendas.

Tras una década larga en el poder —entre diez y quince años, según el país—, ¿estamos entrando en un nuevo ciclo de decepción de las izquierdas continentales?, ¿volvemos a encontrar la figura del intelectual “muy-entusiasmado-y-luego-muy-decepcionado” como exponente de los límites de esta década?, ¿cómo escapar del conformismo estatalista del “bajamos la pobreza, lo cual no es poco en este contexto mundial” sin caer en una quimera anti-capitalista?, ¿cómo incorporar las críticas antiextractivistas que señalan que las estructuras productivas no cambiaron, en un proyecto más amplio de cambio social con la conciencia de que esas mismas críticas ofrecen pocas alternativas políticamente viables al modelo actual?, ¿qué tipos de utopías (y eutopías) movilizan hoy a las izquierdas? (14), ¿la derrota electoral es el punto final?, ¿volveremos a un catártico discurso en el que las izquierdas logren recuperar en la derrota una épica que se diluyó en la gestión cotidiana del Estado?

Este artículo está guiado por una idea central: las izquierdas arropadas por la marea rosada son producto de una doble derrota: la latinoamericana de los años 70 (golpes de Estado, represión) y la global de los años 80/90: caída del “socialismo real” y victorias sociopolíticas del neoliberalismo. Su llegada al gobierno no parece haber revertido esa Derrota (histórica, con mayúsculas,

14 Horacio Tarcus, “Fourier, entre el deseo y la política”, Jornadas Fourier, Área de Sociedades Experimentales y Área Comunicaciones C.C.R. Rojas, Proyecto Venus, CeDInCI, Buenos Aires, 15, 16 y 17 de abril de 2004. Allí se destaca el uso de la utopía como instrumento crítico de la realidad, no sólo como el lugar imposible. “Acaso Moro quiso poner en juego este doble sentido: la eu-topía (el mejor lugar) es una u-topía (no está en ningún lugar, no existe). Aunque también puede leerse, como de algún modo lo hizo Ernest Bloch, como crítica de la realidad dada, puesto que la u-topía, lo que no existe, es la eu-topía, el mejor lugar... Este doble sentido originario nos remite a la doble dimensión del concepto de utopía”.

en buena medida transmitida por las viejas generaciones “setentistas” a las nuevas) y la sensación de gobernar un mundo que no podemos controlar y de un capitalismo que no podemos revertir (“Fijaos en las películas que vemos todo el tiempo. Es fácil imaginar el fin del mundo, un asteroide que destruya el planeta y ese tipo de cosas. Pero no se puede imaginar el fin del capitalismo”, disparó Slavoj Žižek ante jóvenes de Occupy Wall Street) (15). La famosa expresión de Perry Anderson –“Cuando la izquierda llegó al gobierno, había perdido la *batalla de las ideas*”–, que el intelectual británico utilizó para describir la llegada al gobierno de la socialdemocracia europea en los años ochenta, describe parte de las dificultades que enfrenta la izquierda sudamericana (y latinoamericana). En ese marco, el nacionalismo popular vino en su ayuda –especialmente con su división del campo político entre el “pueblo” y el “antipueblo” (*La razón populista* del argentino Ernesto Laclau fue posiblemente uno de los libros más importantes de esta década) (16) y su visión del enfrentamiento con Estados Unidos–. Cuba ya no sería recuperada por su valor como (e) utopía socialista sino como el último bastión de la “resistencia al imperio”. La isla caribeña será, en efecto, un mojón simbólico y sentimental de una suerte de nuevo nacionalismo revolucionario, que “compensa” con antiimperialismo los límites de sus posibilidades anticapitalistas. Dicho de otro modo: si el socialismo (“del siglo XXI”) ha vuelto a la agenda, este es pensado como una profundización del nacionalismo; una especie de triunfo póstumo de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (17). De allí que el socialismo del siglo XXI sea más estatista que socializador y

15 “Slavoj Žižek en Occupy Wall Street”, en “Fuera de lugar” blog del diario *Público*, disponible en <http://blogs.publico.es/fueradelugar/1068/slavoj-zizek-en-occupy-wall-street>

16 Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

17 Abelardo Ramos (1921-1994) fue un referente de la llamada izquierda nacional, que buscó la articulación entre marxismo y peronismo, y tuvo un fuerte contenido latinoamericanista.

tomara la forma del populismo de izquierda. No es que no exista producción de pensamiento radical y antisistémico, incluso en clave marxista, pero este pensamiento es cada vez más críptico, desconectado de las luchas políticas y producido muy lejos de los espacios donde se constituyen los actores políticos y sociales (18).

A partir de estas hipótesis de trabajo buscaremos desplegar, en las próximas líneas, las geografías del giro a la izquierda sudamericano y reflexionar, al mismo tiempo, sobre sus tensiones y, finalmente, abordar los retrocesos electorales más recientes que han introducido en la prensa y en la literatura sobre la región el extendido pronóstico de un “fin de ciclo” asociado al ascenso de nuevas derechas. En este artículo nos concentraremos solo en el bloque bolivariano, que es donde el discurso anticapitalista recibió impulso oficial y, desde distintas realidades y formulaciones, se adhirió al denominado “socialismo del siglo XXI”, lo que no ocurrió con experiencias como la argentina, uruguaya o brasileña.

Escenas y personajes del giro a la izquierda

Es en este difícil contexto global —las tendencias políticas en Europa, Estados Unidos, Asia o África iban en sentido opuesto al del giro a la izquierda de este lado del mundo—, que los gobiernos de la “marea rosada” buscaron modificar la realidad, construir relatos y ganar elecciones —objetivos que no siempre son fáciles de compatibilizar—. Venezuela, Ecuador y Bolivia han sido los países del “giro a la izquierda” donde ha impactado con más fuerza la crisis del sistema de partidos y donde la dinámica de la movilización social ha generado procesos de renovación política y cambio de élites que han llevado a analistas políticos, activistas

18 Por su parte, las izquierdas uruguayas, chilenas o brasileñas, no tratadas acá, mantienen el socialismo como un horizonte separado del populismo pero con muchas dificultades para incidir en el rumbo de sus propios gobiernos.

y dirigentes de movimientos sociales de la región y del exterior a considerar que estos tres procesos constituyen el ala radical de los procesos de cambio sudamericanos. Hoy ya no se habla como antaño de las vías nacionales al socialismo (vía chilena, cubana, nicaragüense...) que fue la forma, en la segunda mitad del siglo XX, mediante la cual los partidos comunistas buscaron tomar en cuenta las particularidades nacionales junto con el hecho de que ninguna revolución después de 1917 se pareció a la soviética. No obstante, cada uno de los procesos fue bautizado con un nombre distintivo que deja ver varias de sus especificidades: Revolución Bolivariana en Venezuela, Revolución Ciudadana en Ecuador y Revolución Democrática y Cultural en Bolivia.

Aunque a menudo se exagera la radicalidad de estos gobiernos, especialmente si consideramos las políticas públicas efectivamente aplicadas y la amplitud de las utopías en juego, no es menos cierto que fue en este bloque donde los discursos de refundación de la nación tuvieron mayor calado y se verificó una significativa emergencia plebeya (sobre todo en Venezuela y Bolivia). De estas demandas emergió la convocatoria de Asambleas Constituyentes que se propusieron no sólo reformar las Cartas Magnas vigentes sino rediseñar el esqueleto institucional a partir de una serie de propuestas concebidas como la superación del viejo “Estado liberal-republicano” junto a la democracia formal por un nuevo Estado posneoliberal junto con una democracia –de la mano de un “nuevo constitucionalismo”– que ya no sería simplemente instrumental sino sustantiva. Todo ello ha dado lugar a polémicas teórico-políticas relacionadas con la redefinición del vínculo sociedad civil-Estado. Pero las crisis políticas, económicas y sociales producidas entre fines de los años 90 y mediados de los 2000 –vinculadas a un creciente cuestionamiento al Consenso de Washington– se procesaron de diferente manera en cada uno de los países, por lo cual vale la pena recorrer muy brevemente algunos de sus itinerarios.

En el caso venezolano, el Caracazo de 1989 constituiría un baño de realidad sobre la inestabilidad –y estrechez– del consenso democrático instaurado a partir del Pacto del Punto Fijo de 1958. La “armonía de las desigualdades” contenida en una democracia modelo en una región plagada de golpes de Estado pero que excluía a una parte de la población (especialmente negros y mestizos), mostró su otra cara y finalmente causó la explosión del sistema. Fue en el marco de un creciente antipartidismo que se produjo la asonada militar de 1992, que pese a su fracaso militar lanzaría al militar de la sabana a la política nacional, y el “por ahora” (no pudimos), lanzado por Chávez, profetizaría la crisis terminal del “duopolio” entre Acción Democrática y Copei y la proyección posterior del propio Chávez con las banderas del poder popular, el antipartidismo y la refundación nacional. Para ello apeló a una profusión de citas de la Biblia, apelaciones a *Los Miserables* (distribuido gratuitamente por miles) y reconstrucciones del ideario bolivariano y juraría en 1999 sobre “esta Constitución moribunda”. Y el Comandante zambo, que la burguesía venezolana con sus tradicionales cargas de racismo veía como un personaje folklórico de las novelas de llaneros, devino en una especie de representante del “subsuelo de la patria sublevado”, como Raúl Scalabrini Ortiz definiera alguna vez al peronismo. Una especie de Perón+Evita, según la formulación de Saint-Upéry, con una cara militar y otra plebeya.

En Ecuador, el acontecimiento más inmediato que marcó época fue la caída de Lucio Gutiérrez en 2005. Pero su derrocamiento, propiciado por los “forajidos” –término con el que el presidente buscó desprestigiar al movimiento pero que a la postre sería adoptado como nombre propio por quienes protestaban– no fue un rayo en cielo sereno: en solo ocho años, tres presidentes fueron expulsados del poder por una combinación de movilizaciones callejeras (con una fuerte participación de las organizaciones indígenas articuladas en la Confederación de Nacionalidades Indígenas del

Ecuador, CONAIE), maniobras conspirativas del Poder Legislativo, sostenimiento o pérdida de apoyo al interior de las Fuerzas Armadas e intervenciones de la embajada de Estados Unidos, combinación que para Franklin Ramírez se materializó en una verdadera “tecnología del derrocamiento” (19). Pero el gobierno de Gutiérrez —que comenzó como un símil de Chávez y terminó como un aliado de Estados Unidos con una gestión marcada por el nepotismo y la endogamia castrense— tuvo un efecto adicional: los indígenas, que habían participado inicialmente de su gobierno, terminaron más tarde fuera del gabinete, y su paso por el Estado los desgastó significativamente como fuerza política nacional. De hecho, las movilizaciones contra el presidente-militar fueron sobre todo urbanas, con tonalidades del “Que se vayan todos” argentino, furiosamente antipartidistas, que incluyeron desde sectores que buscaban una democratización radical del orden político hasta quienes bregaban por la salida del poder del “cholo” Gutiérrez.

Este escenario —crisis del sistema político, debilitamiento del movimiento indígena— le abrió camino a un economista heterodoxo, guayaquileño, poco conocido antes de ocupar brevemente el Ministerio de Economía del gabinete del presidente Alfredo Palacio, quien gobernó el país entre abril de 2005 y enero de 2007. Su movimiento tuvo una fuerte marca ciudadana y constituyó una curiosa combinación de “populismo”, tecnocracia y discursos modernizadores.

Finalmente, Bolivia transitó un camino marcado por dos acontecimientos concatenados: la Guerra del Agua de 2000 y la Guerra del Gas en 2003, pasando por una más larga Guerra de la Coca. Una particularidad del caso boliviano fue la combinación de triunfos populares en las calles y ascenso electoral de “instru-

19 Franklin Ramírez-Gallegos, *La insurrección de abril no fue sólo una fiesta*, Quito, Taller el Colectivo, 2005.

mentos políticos” de quienes protestaban, especialmente el Movimiento al Socialismo (MAS) liderado por Evo Morales. Dirigente de sindicatos agrarios de cultivadores de coca, Morales fue capaz de transformar discursivamente esa hoja en un símbolo de la dignidad nacional frente al imperio y en 2003, tras la crisis política, incorporar a su programa la “política de las necesidades vitales” (luchas contra las privatizaciones de los servicios y bienes públicos) y, finalmente, encarnar la llamada “agenda de octubre”: nacionalización del gas y Asamblea Constituyente. Cabe destacar una particularidad de la política boliviana de estos años: el proceso de renovación de la política operó desde el campo hacia las ciudades, basado en un fuerte proceso de autorrepresentación social por medio del cual las estructuras gremiales, comunales y territoriales se desbordaron al ámbito político (una particularidad recurrente en Bolivia al menos desde los años cuarenta, pero antes eran los obreros, y no los campesinos, los representantes de lo popular en el ámbito político-estatal). Entonces, el MAS llevó más lejos que nunca antes estas lógicas de democracia corporativa/plebeya no extinguidas en el país pese a la extensión de las prácticas democrático-liberales, especialmente desde los años ochenta.

También podemos encontrar diferencias en los tipos de liderazgos. En ese sentido, Chávez es, en muchos aspectos, el clásico líder populista en el sentido que le da Ernesto Laclau: el líder que debe “construir” al pueblo como sujeto político (20); en tanto que Evo Morales hizo el recorrido inverso: dirigente sindical, es producto de un proceso de descorporativización de una serie de sindicatos agrarios y organizaciones de vecinos y trabajadores

20 Chávez señaló en una oportunidad: “Exijo lealtad absoluta a mi liderazgo... no soy un individuo, soy un pueblo. Estoy obligado a hacer respetar al pueblo. Los que quieran patria, vengan con Chávez [...] Aquí en las filas populares, revolucionarias, exijo máxima lealtad y unidad. Unidad, discusión libre y abierta, pero lealtad [...] cualquier otra cosa es traición”. (Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=wJB6EUM-sDQ>).

que se desbordaron al ámbito político. De allí que en el caso de Chávez predomine la dimensión carismática/afectiva en su liderazgo, frente a la autorrepresentación en el caso de Evo Morales (“ahora somos presidentes”, “voy a mandar obedeciendo”, etc.), liderazgo acompañado de una fuerte “confianza étnica” (21). Rafael Correa, por su parte, apareció como un *outsider* de la política en un contexto de crisis del sistema político; su figura combina una mezcla de carisma juvenil, imagen de profesional sólido en Economía y cierta prepotencia mesiánica; una forma de autoritarismo ejecutivo mezclado con una especie de narcisismo característico de los intelectuales públicos y una adicción a las encuestas y el marketing político. En todos los casos, tras estos liderazgos puede advertirse una fuerte “teatralidad”. Sobre el caso de Chávez, Saint-Upéry escribió con agudeza:

Hugo Chávez no es ni Kim Il-sung, ni José Stalin y ni siquiera Fidel Castro. Para Roland Denis, ex viceministro de Planificación y Desarrollo del gobierno bolivariano, la intensa relación afectiva entre el mandatario y los sectores populares es de naturaleza “más erótica que religiosa” y no excluye la crítica o cierta irreverencia ocasional. Para Juan Contreras, activista del famoso Barrio 23 de Enero de Caracas, parte del encanto de Chávez es que “habla como mi madre”. Una característica del presidente venezolano es la virtuosidad que manifiesta en el uso de temas de su vida privada como fábulas morales y didácticas (*exempla*, como se decía en la apologética cristiana medieval) para comunicar al pueblo su visión de tal o cual asunto público. El programa televisivo dominical “Aló Presidente”, las innumerables e interminables “cadenas” y los frecuentes discursos públicos son la ocasión para una alternancia virtuosa en-

21 No obstante, en los últimos años, ha habido un desplazamiento hacia la figura del líder irremplazable. El canciller David Choquehuanca declaró que “Hay un solo Fidel, un solo Gandhi, un solo Mandela y un solo Evo” para justificar la posibilidad de un nuevo mandato en 2020.

tre anécdotas biográficas (pero raras veces “íntimas”), canciones, chistes (a veces muy groseros) (22), diatribas ideológicas, interpelaciones individuales a miembros físicos o virtuales de la audiencia y prédicas de tonalidad religiosa. Todos estos elementos fortalecen una coidentificación con su público que se arraiga en lo más hondo del *ethos* popular y a la que contribuye la gestualidad, el registro emocional, el modo de expresión verbal, el fenotipo y la corporeidad misma del líder (23).

En el caso de Evo Morales, su “carisma” se relaciona más con su trayectoria –y su hábitus campesino– que con su verbo. Aunque sus discursos, en una tonalidad andina que no tiene nada que ver con la “llanero-caribeña” de Chávez, no deben despreciarse como forma de conexión con lo indígena-popular, y con sensibilidades internacionales alterglobalizadoras. Aunque sus intervenciones suelen ser repetitivas, las anécdotas de su época de trompetista o sindicalista que condimentan sus alocuciones resultan eficaces, y siempre es capaz de revalidar “pactos de sangre” con los “hermanos” campesinos, aunque cada vez menos como “uno de ellos” y más como “líder excepcional” (24). Un caso diferente es el de Correa, más bien legitimado por un discurso de competencia tecnocrática, aunque pronunciado con un tono a menudo agresivo y descalificatorio de sus adversarios (a quienes suele llamar mediocres); estos se refieren a su programa de los sábados como “la insultadera”.

22 Incluso pudo hablar largamente sobre un cólico en una alocución escatológica digna de un análisis del discurso (Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=5DpGviR5kkw>).

23 Marc Saint- Upéry, “¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y ‘emergencia plebeya’ en los nuevos gobiernos progresistas”, *Íconos* N° 32, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito, septiembre de 2008.

24 Vincent Nicolas y Pablo Quisbert, *Pachakuti. El retorno de la nación. Estudio comparativo del imaginario de nación de la Revolución Nacional y del Estado Plurinacional*, La Paz, Pieb, 2014.

Así, con matices y formas de interpelación a veces muy distintas, pero también con muchos “parecidos de familia”, las constelaciones de sentido expresadas por las frases “Chávez habla como mi madre”, “Lula é nosso” (Lula es nuestro), “Evo, quiero ser como vos” [dicho por un niño campesino], no corresponden ni a un especie de “*role model*” anglosajón ni a un culto de la personalidad de tipo totalitario, sino a motivos narrativos e identitarios de lo que E. P. Thompson llama la “economía moral de la plebe”. Para poder criticar sus límites, no hay que equivocarse sobre su carácter, como lo hace a menudo la crítica liberal o conservadora (25).

Más allá de las confluencias y bifurcaciones que podemos ver en estos tránsitos, en todos los casos se buscaría mostrar que —procesos de cambio mediante— la Patria (y los recursos naturales estratégicos) serán al fin de todos. En otras palabras, el Estado habría devenido garante de un “acceso efectivo de los menos privilegiados a los derechos y a los beneficios materiales y espirituales (en términos de estatus y de poder simbólico, por ejemplo) de la pertenencia a la colectividad nacional” (26). Pero al mismo tiempo, hoy se vuelve a pensar, desde los oficialismos del socialismo del siglo XXI, que sus partidos son verdaderos “partidos de la nación” frente a la antinación, que el pluralismo se manifiesta con suficiencia en sus filas y que la democracia liberal —e incluso la división de poderes— es un obstáculo para el cambio. Existe una fuerte tendencia a pensar que el poder siempre es “el Otro”, incluso cuando los oficialismos han acumulado un poder significativo. Sean los medios, el imperio, e incluso las redes sociales, los discursos oficiales siempre necesitan construir amenazas poderosas sobre “el cambio” para conservar unidad interna y épica política.

25 Saint- Upéry, “¿Hay patria para todos?...”, *ob. cit.*

26 *Ibid.*

También en los tres casos, con el paso del tiempo, el “autoritarismo” de estos liderazgos, su “soberbia” y su voluntad de mantenerse en el poder serían uno de los ejes de las críticas opositoras, en un contexto en el que se irían construyendo polarizaciones, reales o imaginarias, entre lo plebeyo y lo clasemediero. En efecto, el tema de la “perpetuación” entró a la agenda de la mano de referéndums constitucionales para cambiar artículos de las nuevas Constituciones –no de las del *Ancien Régime*– que impedían nuevas postulaciones, y los resultados electorales fueron adversos: en Venezuela, la reforma de 2007 fue derrotada en las urnas (la única derrota de Chávez en ese terreno quien, más tarde, convocó a un nuevo referéndum que lo habilitó). En Bolivia el “No” se impuso por escaso margen en 2016, impidiendo una nueva postulación de Morales en 2019. En el caso ecuatoriano, Correa se negó a convocar a un referéndum para ratificar la reforma aprobada por el Congreso y, al final, decidió renunciar a la posibilidad de repositularse en 2017. Un cierto “republicanismo desde abajo” parece haber sobrevivido a los tintes antiliberales de los procesos del socialismo del siglo XXI, y constituye uno de los productos de una experiencia democrática ininterrumpida desde los años ochenta.

.....

Esta idea de que el poder siempre es “el Otro” puede vincularse también a la mencionada derrota ideológica que las izquierdas, pese a las contundentes victorias electorales, no pudieron revertir. Es cierto que, como repite Evo Morales, “tener el gobierno no significa tener el poder”, pero tener dos tercios del Congreso, desde donde se puede controlar a la justicia, además de numerosos medios de comunicación y una significativa fuerza social disponible para ser movilizada, se parece bastante al “poder”, al menos al poder político. Típicamente se discutió en la izquierda esta cuestión, vinculada a los movimientos contrarrevolucionarios de

la derecha, que en América Latina fueron abundantes y a menudo sangrientos. Y esas discusiones se reproducen en el marco de la autopercepción de esos procesos como revoluciones (en parte lo son) y las reacciones de las derechas (Bolivia, Venezuela, Honduras, Paraguay, ahora Brasil). No obstante, donde existía “poder popular” por fuera del Estado esos movimientos desestabilizadores fueron derrotados (Venezuela, Bolivia), lo que no ocurrió en Honduras o Paraguay, ni ahora en el *impeachment* brasileño, con un PT muy desmovilizado en estos años de gobierno. Y por otro lado, el poder acumulado por las figuras presidenciales del socialismo del siglo XXI parece el máximo posible en el marco de la democracia. Como ya advirtiera muy temprana y proféticamente Bertrand Russell tras un viaje a la Rusia revolucionaria en 1920, los bolcheviques prestaban mucha atención a la concentración de riqueza pero no así a la concentración de poder (27). Pero hoy existe una arista adicional: la mayor concentración del poder no tiene, como en el pasado, el objetivo de derrocar al capitalismo, y encontrar en esa revolución su propia autojustificación. ¿Qué hacer, entonces, con ese poder además de reproducirlo?, ¿por qué pensar que se harán en el futuro reformas que no se pudieron hacer con la relación de fuerzas favorable –al menos en el plano nacional– durante esta “década”? Por ejemplo, algunos pensaban que si el MAS conseguía los dos tercios del Congreso en 2009 se iba a radicalizar –que iba a reforzar el estatismo en detrimento de la propiedad privada–. Pero, como sostuvimos algunos escépticos al respecto, ocurrió lo contrario: una despolarización de la sociedad (28) y una negociación con la burguesía agroindustrial de Santa Cruz, base social de los movimientos de protesta regionales de 2008. Además se verificó un crecimiento electoral del evismo

27 Bertrand Russell, *Teoría y práctica del bolchevismo*, Barcelona, Ariel, 1969 [1920].

28 Fernando Molina, “Elecciones bolivianas, el fin de la polarización”, *Infolatam*, 27/9/2014.

en un territorio hostil, similar al que, en este libro, describe Andrés Malamud para el caso del PT en el nordeste brasileño, región de fuertes caudillos locales.

En ello incidió el éxito económico del gobierno de Morales, que constituye el mejor momento de la historia boliviana en términos macroeconómicos y esa “apertura-cierre” que permite al populismo incluir y excluir selectivamente a los enemigos de la nación, del pueblo y de su propio poder (29). Si el lema “Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista” mutó a “Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”, esa transformación podría transpolarse a Bolivia cambiando “peronista” por “masista” y “argentino” por “boliviano” y tendremos gráficamente la evolución del gobierno entre 2005 y 2014 (luego el referéndum de 2016 modificaría el escenario, pero sólo en parte).

Es en Venezuela donde ha existido mayor “imaginación política”, aunque se tradujo a menudo en un experimentalismo caótico. En la nación caribeña se han ensayado varios mecanismos —en la primera etapa, “operativos cívico militares”— para llevar adelante “procesos de inclusión masivos y acelerados” a través de “una distribución más justa de la renta petrolera”, luego cooperativas o empresas comunales. Los críticos del rentismo hablan de la “cultura de campamento” en la que predominan los operativos extraordinarios sin continuidad en el tiempo (30). Estos problemas se han agravado tras la muerte de Chávez, y la profundización de la crisis económica, de inseguridad y de desabastecimiento, lo que finalmente derivó en la derrota electoral de fines de 2015 y la pérdida de la mayoría parlamentaria del chavismo.

29 Gerardo Aboy Carlés, “Repensando el populismo”, ponencia preparada para el XXIII Congreso Internacional Latin American Studies Association Washington D.C., 6 al 8 de septiembre de 2001.

30 Rafael Uzcátegui, *La revolución como espectáculo. Una crítica anarquista al gobierno bolivariano*, Buenos Aires, El Libertario / La Cucaracha Ilustrada / Libros de Anarres / La Malatesta / Tierra del Fuego, 2010.

No obstante, detrás de los problemas más o menos coyunturales apuntados, hay en las tres experiencias una incomodidad más sistémica en el ejercicio del poder en el marco de la democracia representativa y en un contexto global dominado por el capitalismo neoliberal, un desajuste entre las metas y los avances reales. Frente a ese escenario, predominan las visiones conspirativas por encima de la actualización de la producción teórica y analítica respecto al capitalismo actual. Parece como si el socialismo del siglo XXI no se enfrentara al capitalismo del siglo XXI sino al del XX y a veces del XIX, debido a las carencias político-intelectuales de parte de la nueva izquierda. Uno de los problemas del socialismo del siglo XXI es que se incrustó en él mucho de izquierda extemporánea, en un cocido que mezcla populismo sentimental y marcos interpretativos de la vieja izquierda antipluralista: a menudo el adjetivo “burgués” colocado junto a la palabra “democracia” sirve para caer en visiones plebiscitarias y épico/emotivas de la política que desprecian las formas institucionales –incluso, hay que insistir, las creadas bajo este ciclo político, por ejemplo las nuevas Constituciones– y habilitan cierto infantilismo que recrea las luchas de los años setenta con tonalidades de red social. No es menor que hoy muchos de los discursos nacional-populares declinados en terminologías setentistas y “playagironescas” –a menudo por nuevas generaciones, como el colectivo “Generación Evo”– suenen algo ridículos y puedan ser crecientemente “refutados” por los nuevos discursos posideológicos y pospolíticos de las nuevas derechas, que más que una restauración *tout court* del viejo orden se proponen intervenir en la disputa por el devenir latinoamericano desde posiciones que superponen antiguas derechas con nuevas generaciones política y estéticamente alejadas de los antiguos conservadurismos regionales. La discursividad del conflicto permanente –y la construcción de historias nacionales maniqueas– comenzaron a generar rechazo en sectores más amplios que las élites que ya habían rechazado el giro a la izquierda

desde el comienzo, e incidieron en el clima político que habilitó varios de los traspiés en las urnas.

Esta perdurabilidad de culturas políticas “pasadas de moda” se vincula posiblemente con la dificultad que encuentra la renovación teórico-política de la izquierda. No se trata de un problema nuevo. Ya Perry Anderson había mostrado cómo la derrota había configurado al llamado “marxismo occidental”, que se fue desplazando desde la economía y los problemas políticos hacia la filosofía, en una suerte de “fuga hacia la abstracción” (31). Y, más recientemente, en un ensayo que sigue la huella del pensador británico, el académico suizo y profesor de La Sorbona, Razmig Keucheyan, destacó algunas tendencias del pensamiento radical actual, entre ellas su *globalización*, su *norteamericanización*, su *profesionalización* y su *creciente distancia* de la praxis política. Y junto con ello, la pérdida de hegemonía marxista en el pensamiento crítico. Todo esto profundizaría esa fuga hacia la abstracción, el lenguaje críptico e incluso un retorno a temas metafísicos y religiosos: “pero no la religión en general sino un problema teológico en particular: el problema de la creencia o de la fe” (32).

Así, en un mundo hostil, ser socialista deviene un problema de resistencia al entorno, al monstruo amable del capitalismo; ya no solamente los vientos de la historia dejaron de soplar sino que soplarían en contra. Y todo ello ocurre ¿paradójicamente? en un momento de “crisis global” —que algunos se animan a llamar “civilizatoria”— del capitalismo, no de la estabilización y expansión del sistema como ocurrió en la Europa de la posguerra, cuando el bienestar logrado debilitó los proyectos socialistas revolucionarios en favor del reformismo integrador. América Latina no es

31 Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 2012 [1976].

32 Razmig Keucheyan, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, Madrid, Siglo XXI, 2014.

ajena a las tendencias señaladas por Keucheyan aunque quizás exista una masa crítica más amplia de intelectuales “anfíbios”, en palabras de Maristella Svampa, que buscan conectar los varios mundos de las luchas y la producción intelectual (33).

En este marco, una de las dificultades es la “conexión” de los horizontes del cambio y la reflexión político-teórica sobre los procesos realmente existentes de una manera más o menos sistemática o, dicho de otro modo, la falta de mediaciones o visiones transicionales consistentes. Los tres casos analizados dejan ver este problema. En el experimento venezolano, la forma en que Chávez se apropiaba de la teoría radical era a menudo sorprendente –nadie sabía con “qué iba a salir”– y con una “pedagogía anticapitalista” (34) de francotirador de ideas radicales, influido también por algunos colaboradores extranjeros. Que después de la larga noche neoliberal, un presidente citara a pensadores marxistas, como Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo o Gramsci no dejaba de ser aire fresco para el pensamiento crítico, pero como se vio más tarde, ello no dejó de ser problemático. El presidente bolivariano podía leer, subrayar, citar y recomendar un libro como *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI* (35) del filósofo marxista húngaro y profesor de la Universidad de Sussex István Mészáros –formado en la obra de Lukács– y entregarle el Premio Libertador al Pensamiento Crítico 2008. Incluso podía criticar la “lógica del capital” o hablar de la “división jerárquico-social del trabajo”. De hecho, lo hizo en una larga intervención de la cual sólo reproducimos un recorte:

33 Maristella Svampa, “¿Hacia un nuevo modelo de intelectual?”, *N*, 29/7/2007.

34 El español Juan Carlos Monedero destaca la “pedagogía popular [de Chávez] para construir una mentalidad socialista”. (“Juan Carlos Monedero: Se pueden resolver problemas que en 14 años tuvieron difícil solución”, Attac, España, 15/4/2013, disponible en <http://www.attac.es/2013/04/15/juan-carlos-monedero-se-pueden-resolver-problemas-que-en-14-anos-tuvieron-dificil-solucion/>)

35 Vadell Hermanos Editores, CA. Caracas, 2001.

La transición al socialismo, ¿ya lo leyeron? El Frente Miranda, ¿ya lo leyeron? ¿Les pudiera yo hacer algunas preguntitas? ¿No? Hoy no, pero pronto, los voy a reunir para hacerles un examen. Hay que estudiar mucho, hay que estudiar mucho, mucho. Más allá del capital, una teoría para la transición, porque lo que dice Mészáros, y lo han escrito muchos pensadores ¿ves? Es decir, Carlos Marx, uno de sus más grandes aportes es haberle dado sustento científico a la tesis del socialismo, haber sacado al socialismo de aquel nivel utópico, y haberlo convertido en una teoría y en un proyecto de carácter científico. (...) Carlos Marx, bueno, no tuvo tiempo, seguramente que fue por falta de tiempo, no elaboró la teoría de la transición, no pudo buscarle la respuesta a la pregunta cómo, cómo es que vamos a ir del capitalismo al socialismo. Mészáros hace un gran aporte porque este libro se centra en esa búsqueda, cómo es la transición. Ahora, estas son ideas generales, estratégicas, aquí en Venezuela vamos adelante, estamos construyendo, estamos inventando, pero hay que inventar en base al conocimiento, a la teoría científica. Aquí estamos, por ejemplo, construyendo el socialismo, estamos en transición, aquí digo yo, aquí donde estoy sentado, aquí donde estamos sentados este domingo, en Aragua, allá está la autopista, aquí está La Victoria, allá está la Laguna de Suata, ahí mismo está el pueblo de San Mateo, pueblo heroico, histórico, ahí mismo está El Ingenio de San Mateo, las tierras que eran de los Bolívar, el Ingenio Bolívar, aquí mismito queda, y más allá está, bueno, Maracay, Maracay, encrucijada de todos los caminos, bella ciudad, histórica y heroica ciudad.

[...] Hay un capítulo ahí de lo comunal, ¿tú lo leíste Érika? (36), aquí está, aquí lo tengo yo marcado, lo estoy relejendo, el tema comunal, por aquí está, el capítulo 19: “El sistema comunal y la Ley del valor”. Pronto vendrá Mészáros, porque ha recibido en justicia el Premio Libertador al Pensamiento Crítico, y debe venir... [...] No debemos permitir que se instale

36 Érika Farías: ministra del Poder Popular para las Comunas y Protección Social.

la obscena división jerárquico-social del trabajo. No que hay un gerente que anda con corbata, aire acondicionado, chofer, un súper sueldo y los demás son obreros. Ese es el capitalismo, compadre, cuidado (37).

Más allá del tono coloquial que solía utilizar Chávez, o de su fidelidad al libro, este voluntarismo socialista estaba demasiado alejado de la realidad venezolana, un país rentista, hiperconsumista, con enormes índices de corrupción y con una tradicional incapacidad del Estado para llevar adelante las tareas que se propone, además del carácter excesivamente jerárquico/militar del proyecto. En efecto, en el referéndum de 2007, la serie de medidas de tinte “socialista” – “no concebidas ni debatidas por la sociedad” (38)–, además de la posibilidad de reelección indefinida del presidente, fueron rechazadas por la ciudadanía.

Uno de los problemas de la dinámica política venezolana es haber quedado a mitad de camino: las dimensiones utópico-voluntaristas radicales impidieron discutir de manera más seria una vía reformista, y al mismo tiempo, los obstáculos internos y externos para llevar adelante un proyecto de socialismo nunca definido impidieron concretar esa vía revolucionaria, cuya referencia sentimental es la Cuba de Fidel Castro. Ya en 2007, Hugo Chávez se había sincerado: “Estamos construyendo un socialismo petrolero muy diferente del que imaginó Marx” (39). Y en este sentido, puede pensarse en una parábola: de la posibilista “tercera vía” blairista en los años 90 –que Chávez defendió como camino a seguir–, al socialismo del siglo XXI, para finalizar en una nueva

37 *Aló Presidente* N° 335, disponible en <http://www.todochavez.gob.ve/todochavez/4251-alo-presidente-n-335>

38 Margarita López Maya, “¿Intelectuales o incondicionales?”, *Brecha*, Montevideo, 29/5/2015.

39 “Chávez: Estamos construyendo un socialismo petrolero muy diferente del que imaginó Marx”, *Aporrea*, 29/7/2007.

forma de posibilismo: el socialismo petrolero, como una forma supuestamente viable de alcanzar, en algún momento, metas más ambiciosas.

Otro ejemplo, de naturaleza diferente, de este problema de la tensión teoría/práctica, es el boliviano. Allí, en un caso excepcional, hay un vicepresidente que en cierta forma opera como un intelectual “al viejo estilo”. Estudiante de Matemáticas en México, animador de una peculiar guerrilla entre fines de los años 80 y comienzos de los 90 —junto al líder aymara Felipe Quispe—, y tras su salida de prisión, analista político y profesor universitario, García Linera es un vicepresidente *sui generis*. Cita a Pierre Bourdieu, Lenin, Max Weber o Antonio Gramsci en sus discursos y atrae a masas de jóvenes en universidades de América Latina, Europa y Estados Unidos. Su trayectoria estuvo ligada a un pequeño pero significativo grupo de reflexión y acción: el colectivo Comuna.

A comienzos de la década, García Linera, Raúl Prada Alcoreza, Raquel Gutiérrez Aguilar, Luis Tapia y Oscar Vega crearon la Escuela Libre de Pensamiento Crítico “Comuna”, que comenzó a reunirse regularmente, a organizar debates públicos semanales y a publicar una serie de “libros urgentes” de intervención en la coyuntura. La meta de Comuna era clara: realizar un ejercicio teórico-político capaz de aprehender los cambios en la sociedad boliviana que habían hecho decaer la centralidad proletaria y la emergencia de formas “multitudinarias” de acción colectiva que desafiaban el análisis político y social, pero también a las formas de hacer política desde la izquierda. Las vertientes para este ejercicio iban desde René Zavaleta (un sociólogo marxista boliviano que vivió en México) hasta la sociología y la filosofía críticas francesas (Bourdieu, Jacques Rancière) pasando por el marxismo crítico, los textos menos conocidos de Marx (como los *Cuadernos etnológicos*), el autonomismo italiano de Antonio Negri y la moderna sociología de la acción colectiva. Algunos

de sus miembros se apoyaron también en Gilles Deleuze y Félix Guattari (40). Silvia Rivera y Rossana Barragán ya habían traducido, además, a los autores poscoloniales de India en Bolivia y habían publicado una compilación sobre esos debates a fines de los años noventa (41).

García Linera y su entonces esposa, la mexicana Raquel Gutiérrez Aguilar, formaron parte, a comienzos de los años noventa, del Ejército Guerrillero Tupak Katari junto a Felipe Quispe y compartieron la prisión, que duró cinco años (1992-1997) (42). El objetivo de García Linera y Gutiérrez Aguilar era por entonces constituir nuevos pilares ideológicos para una izquierda radical en oposición a las corrientes clásicas del marxismo que en Bolivia se dividían entre trotskistas, marxistas-leninistas (PCB), maoístas y herederos del guevarismo de los setenta. Básicamente rechazaban el estatismo y acusaban a sus contrincantes de querer “completar la revolución burguesa” de 1952, frente a los cuales bregaban por formas de hacer política autogestionarias y

40 Pablo Stefanoni, Franklin Ramírez y Maristella Svampa, *Las vías de la emancipación. Conversaciones con Álvaro García Linera*, México D.F., Ocean Sur, 2009; Bruno Fornillo, “Intelectuales en la era katarista”, en M. Svampa, P. Stefanoni y B. Fornillo, *Debatir Bolivia. Perspectivas de un proceso de descolonización*, Buenos Aires, Taurus, 2010.

41 Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (compiladoras), *Debates Post Coloniales: Una introducción a los estudios de la subalternidad*, Historias, La Paz, SEPHIS-Aruwiyiri, 1997.

42 En México, adonde García Linera fue a estudiar Matemáticas, se produjeron varios cambios en su visión de la política: “Viaje al extranjero y continuo con mis estudios de Matemáticas pero, paralelamente, mantengo mis lecturas de temas teóricos e históricos concretos. En México influye mucho en mi percepción política la guerrilla centroamericana en El Salvador, aunque en Bolivia tenía más influencia una tendencia sindicalista obrera, además del indianismo, del katarismo, de las movilizaciones de 1979. Tenía, entonces, relación con temas muy teóricos, pero el acercamiento a las experiencias en Centroamérica va a modificar mis lecturas, va a politizarlas: paso de una orientación más filosófica y abstracta de *El capital*, de la dialéctica de Hegel, de Kant, a una mirada más práctica. Comienzan así mis lecturas leninistas, para comprender mejor la gestión de lo político. Esto ya es en los años ochenta. Al acabar la carrera, regresé a Bolivia, pero con una posición de mayor involucramiento político” (Franklin Ramírez, Pablo Stefanoni, Maristella Svampa, *Las vías de la emancipación...*, ob. cit.); véase también, Fabiola Scárzaga, “El Ejército Guerrillero Tupak Katari (EGTK), la insurgencia aymara en Bolivia”, *Pacarina del Sur*, México D.F., 2016.

de base (43). Su desprecio por la izquierda marxista tradicional era absoluto. De adolescente, García Linera nunca tuvo afiches del Che en su habitación; su fetichismo pasaría por recuperar un Marx depurado de la izquierda tradicional.

En la prisión, García Linera fue virando hacia la sociología y al salir se transformó en un analista político en los medios masivos de comunicación y en una suerte de asesor de organizaciones campesinas. En ese entonces se proponía como un “intelectual-traductor” entre el mundo indígena-rural y el urbano, en un contexto en el que aún resultaba difícil entender las recomposiciones políticas en marcha, a menudo surgidas de reuniones y ampliadas en aisladas regiones ubicadas a centenares de kilómetros de las grandes ciudades (44).

Desde ese lugar –sumado a la popularidad conseguida desde la televisión (45)– generó un interés en Evo Morales, quien lo convocó como compañero de fórmula. Pero una vez que llegó a ocupar la segunda magistratura del Estado, se produjo un viraje completo del autonomismo al estatalismo, cuando comenzó a reivindicar a figuras como Lenin y Robespierre y a definirse como el “último jacobino”. En su etapa de “intelectual-vicepresidente”, García Linera siguió escribiendo, incluso buscó en el greco-francés Nicos Poulantzas reflexiones sobre socialismo y democracia en una clave que complejiza el papel del Estado y se apoyó en Gramsci para pensar las nuevas hegemonías; de hecho, se transformó en uno de los más destacados intelectuales de la izquierda

43 Qhantat-Wara Wara [Raquel Gutiérrez Aguilar], *Contra el reformismo: Crítica al “estatismo” y al “populismo” pequeño burgués*, La Paz, Ediciones Ofensiva Roja, 1989 (prólogo de Qhananchiri [Álvaro García Linera]).

44 También los integrantes del Grupo Comuna fungieron de intérpretes de la realidad boliviana hacia el exterior, y sus textos fueron profusamente citados en los trabajos que, en mayor número, se ocupaban de la situación política boliviana en Europa y América Latina.

45 “Sabía que debía hablar en televisión, porque ahí se decide el sentido común”, dijo en una entrevista con el líder de Podemos, Pablo Iglesias, en Madrid (disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=a0mPTnNrovU>).

regional. No obstante, en su salto al Estado hubo un quiebre en su producción: ¿triunfó a partir de su producción teórica o contra ella?, ¿gracias o a pesar de ella?

Pero a la ruptura diacrónica, se sumaría una suerte de “des-acople”, sincrónico, entre el García Linera intelectual y el García Linera político; entre una producción demasiado “estilizada” y los problemas políticos que enfrenta el proceso de cambio. Una producción que no está claro si es causa de sus acciones o una justificación *ex post* de ellas. Y por esta ausencia de sutura, pese a autodefinirse como “marxista clásico”, se filtra una vuelta a ciertas posiciones paternalistas frente a los campesinos (46) y un refugio en el nacionalismo-popular que sus escritos combatieron hasta 2005.

Él mismo identificó las dificultades al señalar, por ejemplo, en una entrevista con el periódico *El Deber*:

Mientras no surgen iniciativas comunitarias de parte de la sociedad, tenemos que trabajar con lo que existe y esos son los empresarios, que tienen que reforzarse, crecer y generar más riqueza. Sáquense ese chip de en qué momento el Gobierno va a dar el golpe y estatizar todo. Eso no va a suceder, eso ha fracasado y eso no es socialismo, la estatización de los medios de producción llevó a un tipo de socialismo bastardo y fallido. No repeti-

46 Durante la campaña para el referéndum de 2016, García Linera señaló frente a los campesinos: si pierde Evo, “el sol se va a esconder y la luna se va a escapar y todo será tristeza” (“García Linera asegura que si Evo se va, el sol se esconderá y ‘todo será tristeza’”, *Página 7*, 25/11/2015). Con posterioridad a la derrota, lanzó ante un público también rural: “Si se va, ¿quién va a protegernos?, ¿quién va a cuidarnos? Vamos a quedar como huérfanos si se va Evo. Sin padre, sin madre, así vamos a quedar si se va Evo. Por eso estoy muy triste mis hermanos, es muy triste pero he oído a mi abuelita y me dijo que no perdimos la guerra, solo una batalla”, declaró el Vicepresidente durante la entrega de viviendas en la localidad de Curahuara de Carangas, Oruro. Y prosiguió: “Nuestro presidente Evo, tata Evo, igual que vos, de tu mismo color de piel, de tu misma sangre, eso te está regalando, 70.000 bolivianos, casi 10.000 dólares. ¿Cuándo algún Presidente se acordó de San Pedro de Curahuara? ¿Cuándo alguien regaló una vivienda al pobre, al humilde?” (“García Linera: Si se va Evo, ¿quién va a protegernos?”, *Página 7*, 28/2/2016).

remos ese error. No repetimos la experiencia de la UDP (47) en los 80, no repetimos lo de la URSS” (48).

Dos derrotas previas (la hiperinflación que acabó con la izquierda en 1985 y la “degeneración” de la Unión Soviética) justifican el devenir “pragmático” de un proceso de cambio que, a diferencia de Venezuela, por ejemplo, hizo de la prudencia macroeconómica una de sus fortalezas frente al derrumbe de los precios de las materias primas. El ministro Luis Arce Catacora –que ocupa el cargo desde que Morales llegó al Palacio Quemado– dijo que socialismo y equilibrio macroeconómico no son dos términos contradictorios, sino por el contrario, la meta de su gestión. Pero más allá de esto, encontramos una contradicción fundante, en el discurso oficial, entre el “Vivir bien”, proyecto supuestamente originario de las cosmovisiones indígenas, y una serie de anhelos desarrollistas controvertidos, que incluyen el polémico proyecto de construir una planta de energía nuclear en El Alto con apoyo ruso.

El caso de Ecuador, desde la Secretaría Nacional de Planificación (Senplades) se buscó construir una suerte de *think tank* de pensamiento crítico y de acción transformadora. El ecuatoriano es el proceso que demostró más voluntad de pensar un nuevo tipo de Estado, en una lógica que Carlos de la Torre denominó “tecnopopulismo” (49). Un conjunto de reformas (financiera,

47 Coalición entre el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNR-I), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Comunista de Bolivia (PCB) que gobernó entre 1982 y 1985 y debió abandonar el poder en medio de una hiperinflación.

48 Véase Pablo Ortiz y Mónica Salvatiera, “Álvaro García Linera: Sáquense el chip de que el Gobierno va a dar el golpe y a estatizar todo”, *El Deber*, Santa Cruz de la Sierra, 18/11/2014.

49 Carlos de la Torre, “El tecnopopulismo de Rafael Correa: ¿Es compatible el carisma con la tecnocracia?”, *Latin American Research Review* Vol. 48, N° 1, primavera de 2013. Franklin Ramírez sostuvo: “El énfasis en ciertos sectores ligados a los derechos sociales ha contribuido, a ritmos menos acelerados de los que cabía esperar; ha disminuido la pobreza; se reducen las brechas; hay mayor acceso a los servicios públicos... Sin embargo, no ha entrañado que estos sectores se empoderen políticamente. Desde sus inicios, el Gobierno –que se fragua con intelectuales, una pequeña burguesía, profesores y viejos militantes >>

impositiva) buscó modificar, además, las correlaciones de fuerza en el funcionamiento de la economía. A diferencia de Evo o Chávez, Correa tiene poco que ver –política y sentimentalmente– con las viejas izquierdas; incluso en una oportunidad elogió a Israel como un “ejemplo a seguir” en el plano de la técnica y la innovación, como un modelo carente de la aversión al riesgo de los empresarios ecuatorianos (50). No obstante, pese a su voluntad de cambio, su gobierno no salió de la dolarización, impuesta en el país en 2000, constituyendo un curioso caso de “nacionalismo dolarizado”. Una iniciativa que deja ver las tensiones entre utopías y realidades apuntadas para Venezuela y Bolivia fue el intento de aumentar y rediseñar el impuesto a las herencias y a la “plusvalía” inmobiliaria, bajo la inspiración del libro *El capital del siglo XXI*, del francés Thomas Piketty, iniciativa que terminó habilitando un ciclo de protestas, atizadas por la oposición de derecha, que derrotó la medida y debilitó al gobierno (51).

En esta “vía ecuatoriana”, las ideas de trascender el desarrollismo clásico, como las contenidas en el “biosocialismo republicano” propuesto por el actual secretario de Educación Superior, Ciencia y Tecnología e Innovación, René Ramírez, no encontraron un caldo de cultivo en el gobierno ni en la sociedad (52). Y, finalmente, la decisión de Correa de explotar parte del ITT-Yasuní –reserva natural en la que se buscó dejar el petróleo bajo tierra mediante una compensación internacional– constituyó un quiebre

<< de izquierda– adquiere un tinte de clases medias diferenciadas de las élites empresariales, del poder económico ligado a los grandes partidos y también de los liderazgos populares que emergieron en los 90”, (“Franklin Ramírez: ‘Correa responde a la clase media como consumidores’”, *El Comercio*, 17/1/2016).

50 “Presidente Rafael Correa (Ecuador): Israel debe ser un ejemplo para nosotros”, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=3Tn2HWGX8rM>

51 Sobre las movilizaciones, véase, entre otros, Pablo Ospina: “¿Por qué protestan en Ecuador? Rafael Correa y el fracasado aumento del impuesto a las herencias”, *Nueva Sociedad* N° 257, julio-agosto de 2015.

52 René Ramírez, “Socialismo del *sumak kawsay* o biosocialismo republicano”, *Rebelión*, 14/11/2010.

simbólico en el proyecto correísta, que alejó a los ecologistas –y también a sectores medios con sensibilidad ecológica, no poco numerosos por ejemplo entre los jóvenes quiteños–. Pero, más grave aun, la dolarización es un chaleco de fuerza que puede resultar en ahogo económico en el actual contexto de baja de los precios del petróleo. De hecho, ya está causando no pocos problemas.

Frente a estos problemas, tanto en Bolivia como en Ecuador ha emergido un grupo de intelectuales críticos que –desde la izquierda– cuestionan la deriva de estos gobiernos “del cambio”. En esos discursos hay menciones a los déficits democráticos, a la lógica extractivista y a la insuficiencia de las políticas plurinacionales o descolonizadoras. Esas críticas combinan cuestionamientos efectivos a estos procesos con la voluntad de recuperar los “paraísos perdidos” de las promesas iniciales de estos gobiernos que fueron devorados por la gestión de la *realpolitik*, pero también por pactos de consumo (53) –estímulo de la demanda– que, pese a los discursos anticapitalistas, extendieron el mercado a zonas populares donde era muy débil, como puede verse en la movilidad indígena y popular en Bolivia y su acceso a espacios antes virtualmente vetados, como universidades privadas o centros comerciales.

A menudo, desde estas disidencias se contraponen la vitalidad de “los movimientos” al anquilosamiento estatal, y se apuesta al resurgir de esa política desde abajo (54); en otros casos se acusa a estos gobiernos de ser funcionales al capitalismo hegemónico, mediante una inserción mundial de estos países como vendedores de materias primas. Pero, en general, cuando algunos de estos “disidentes” buscaron transformar sus críticas en alternativas

53 Franklin Ramírez usa esta expresión en relación a las clases medias ecuatorianas en *El Comercio*, ob. cit.

54 El uruguayo Raúl Zibecchi y la mexicana Raquel Gutiérrez escriben desde esta perspectiva.

electorales, el resultado fue siempre niveles mínimos de votación. No fue fácil pasar de la protesta a la propuesta. Por ejemplo, la abundancia de libros, eventos y debates sobre el llamado “Buen vivir”, una vía no desarrollista al bienestar inspirada supuestamente en cosmovisiones de los pueblos indígenas, mantiene mucho de discurso compensatorio frente a los males del capitalismo, sin encontrar sujetos que lo encarnen ni formulaciones intermedias que le permitan pasar de la abstracción filosófica a la posibilidad de encarnar un programa de acción; a menudo no pasa de una “filosofía” bastante opaca y algo sobreactuada de una supuesta cosmología altermoderna. En fin, las dificultades apuntadas no son propias, exclusivas de los gobiernos, sino que tiñen a las diversas sensibilidades de las izquierdas y advierten sobre los obstáculos en el tránsito a otros mundos posibles. Es claro hoy que la crisis actual no declina aún en nuevas formas de vida y pone en duda si en el ámbito estatal se puede avanzar en direcciones disruptivas ante el orden actual. Pero, al mismo tiempo, no es posible ocultar los “límites de lo social” y de las vías “prefigurativas” presentes en gran parte de los actuales movimientos inconformistas, desde el Kurdistán hasta Nueva York, pasando por Londres o San Pablo.

Victorias y derrotas

Una característica de los gobiernos del socialismo del siglo XXI fue su capacidad para ganar elecciones. Una serie de elementos incidieron en esos resultados: reformas que posibilitaron la inclusión de quienes se sentían excluidos de la “foto de familia” de la nación, fortalecimiento del Estado luego de los años del Consenso de Washington potenciado por el auge de los precios de las materias primas (hay algo de “socialismo geológico” en estos procesos), elaboración de poderosos relatos —especialmente

respecto de los pasados nacionales, más o menos recientes— y el propio uso del Estado para reproducir el poder. En general, se logró una articulación eficaz entre el poder estatal y la movilización por abajo (una de las condiciones que percibía Poulantzas para un socialismo democrático), que en los momentos críticos permitió derrotar los intentos desestabilizadores de las derechas. No obstante, en los últimos tiempos se aprecia un desgaste significativo y, luego del ejercicio del poder por diez o más años, cada vez es más difícil asociar a estos gobiernos al “cambio”, un signifiicante que da ventajas políticas no despreciables a quienes se lo apropian. En estos últimos años, son fuerzas de la “nueva derecha” (55) las que han ido tironeando de esa bandera, que en muchos casos terminó en sus manos. Por otro lado, durante la larga década, pese a la hegemonía nacional “del cambio” muchos gobiernos locales —alcaldías y gobernaciones— se mantuvieron en manos de fuerzas de derecha o centroderecha (incluso en un sitio como la combativa ciudad de El Alto la alcaldía está en manos de Soledad Chapetón, del opositor partido de centroderecha Unidad Nacional liderado por el empresario Samuel Doria Medina (56)), una realidad a veces opacada por la imagen de la “marea”.

Son múltiples los factores de desgaste, y uno no menor es el tiempo. Pero también hay un desgaste “intelectual y moral” de estos procesos. Eso fue y es evidente en Argentina o Brasil (que no tratamos en este artículo) pero también en los gobiernos del socialismo del siglo XXI. Venezuela es el caso emblemático de esta erosión. La corrupción —y sobre todo, la sensación de impunidad— es una bandera que las nuevas derechas usan con habilidad, y frente a ello, las respuestas de los gobiernos suelen

55 Sobre el tema, vinculado al caso argentino, pero con posibilidades de pensar más allá, véase Gabriel Vommaro, “‘Meterse en política’: la construcción de PRO y la renovación de la centroderecha argentina”, *Nueva Sociedad* N° 254, noviembre-diciembre de 2014.

56 Pablo Stefanoni, “La nueva derecha andina”, *Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín, 2015.

ser defensivas. En casos como el venezolano, esta ha minado por completo al Estado. La columna de Roland Denis titulada “Adiós al chavismo”, más allá de que las posiciones de este ex ministro de Chávez sean a veces políticamente algo ingenuas, introduce un elemento fundamental: además del análisis ideológico de viejo cuño sobre el *carácter* de la revolución, es necesario discutir las tonalidades gangsteriles de una gran parte de la dirección chavista (57) y su enorme ineficiencia.

Hasta ahora, pese a esta situación, entre el “pueblo chavista” y la oposición de la Mesa de Unidad Democrática existía una fuerte barrera de clase. Los chavistas, más allá de sus críticas, no votaban por los “enemigos”; pero todo tiene un límite. Y ese límite fue superado por varias razones: la crisis llegó a niveles excepcionales (a la economía se suma la inseguridad que altera cualquier posibilidad de llevar una vida normal en Caracas, además de la corrupción impune y generalizada) y la oposición ha ido aprendiendo a limar sus aristas más clasistas y derechistas (en línea con la “nueva derecha” regional, como el macrismo argentino). La MUD, que articula de manera no muy ordenada a una treintena de partidos, no se cansa de repetir que su proyecto es “socialdemócrata”. Freddy Guevara, 29 años, parte de la generación de estudiantes que se movilizó en 2007 y uno de los líderes del partido Voluntad Popular de Leopoldo López, llegó a ubicar entre sus influencias “la socialdemocracia, el socialismo liberal, el anarquismo de Kropotkin y la democracia liberal”. Todo eso puede convivir con vínculos con el uribismo o el Partido Popular español.

Por otro lado, la condena al líder opositor López a trece años de prisión, en un proceso difícil de defender como tal, volvió a ese “niño rico”, ex alcalde del Chacao y carilindo, un mártir preso en una cárcel militar en condiciones más duras que el propio Hugo Chávez tras el golpe de 1992. Sin duda, López lideró

57 Roland Denis, “Adiós al chavismo”, *Aporrea*, 28/9/2015.

las protestas bautizadas “La Salida” en 2014, que derivaron en unos 40 muertos en diferentes contextos, pero no obstante, eso no excluye el carácter político de su condena. En esa “indecisión” entre democracia y revolución se cuecen diversas tensiones, que en el caso venezolano se agravan por el carácter militar y militarizado del socialismo bolivariano (que Chávez recordara con admiración al dictador Pérez Jiménez no asimila al chavismo a una dictadura pero pone de relieve algunas de sus aristas ideológicas). Por otro lado, que socialismo vuelva a rimar con mercado negro, colas, autoritarismo, desorden económico e “inventos” de diversa naturaleza para sobrevivir (“matar un tigrito”, dicen los venezolanos) reactualiza los problemas del Estado, la gestión de la economía y la burocracia cuando se busca sustituir al mercado.

Mientras estaba Chávez, su carisma irrefrenable podía domar en parte al león, pero eso ya no es posible con el liderazgo mediocre de Maduro y su doble comando con Diosdado Cabello, representante de sectores militares y boliburgueses. Maduro intentó, durante la campaña, resucitar a Chávez, pero claramente eso ya no fue suficiente. Más grave que la propia crisis, es la incapacidad de la dirección bolivariana de mostrar alguna luz al final del túnel. Si la política, como dijo una vez Néstor Kirchner, es “*cash* más expectativas”, el madurismo no tiene suficiente *cash*, debido a la baja de los precios petroleros, y ya es incapaz de generar expectativas de un futuro diferente. Y como ocurre en otros países, “lo conseguido” no puede ser una bandera eterna para conquistar el voto, especialmente cuando “lo ganado” ya es puesto en riesgo por la propia realidad. Más que al Chile del 73, que mencionó Maduro como ejemplo de guerra económica, la situación venezolana tiene aires de familia con la derrota sandinista de 1990, en medio de una crisis moral del proyecto, que sucedió a una (en ese caso muy real) guerra sin cuartel del reaganismo imperial. El fin de Maduro puede tomar una forma igualmente traumática. Y los casos ecuatoriano y boliviano, aunque no hayan llegado al umbral

venezolano, se encuentran también atravesando un desgaste “intelectual y moral”, donde los de “abajo” de antes aparecen ahora, de manera imaginaria o real, como “nuevas élites” que disfrutan de los beneficios materiales y simbólicos del poder.

Se podría decir, junto a uno de los personajes de la excelente película *Bucarest 12.08*, sobre la caída de la dictadura de Ceaucescu en Rumania, que “se hace la revolución que se puede”, y posiblemente los socialismos del siglo XXI hicieron la que pudieron en países sostenidos por la exportación de materias primas, donde “sembrar petróleo (o gas)” es la utopía permanente y donde las propias poblaciones están lejos de abrazar la causa del socialismo radical. Pero en todo caso, el tema es cómo (re)pensar la experiencia del socialismo del siglo XXI de manera honesta, sin negacionismo ni evasión, sin hacer leña (hoy) del árbol caído y con una perspectiva productiva hacia el futuro de la región y de las propias izquierdas.

En el desgaste de estos procesos, un elemento no menor es el del pluralismo y la democracia —junto con la demonización de las clases medias por parte de los movimientos nacional-populares (en muchos sentidos, así como el antiintelectualismo es una corriente también intelectual, el *anticlasemedierismo* es alentado por intelectuales de las propias clases medias). Como ha señalado Saint-Upéry, más allá de las críticas conservadoras a la falta de democracia, lo que ocurre es que “La confusión simbólica y emocional entre [lo] público social ‘plebeyo’ y lo público estatal contribuye a alimentar el sentimiento de exclusión o de ‘exilio interior’ de las clases medias, mucho más centradas en la familia nuclear y en una separación más clásica entre público y privado”. Pero, además, existe a menudo una lectura “moral” de los conflictos, que conduce a visiones cuasiorganicistas de la sociedad (resulta casi imposible pensar que una protesta esté generada por un interés de grupo que no tenga algún vínculo con “la derecha” o incluso “el imperio”). De este modo:

En la medida en que se descuida el carácter profundamente *productivo y civilizatorio* del conflicto de intereses, y en particular del conflicto de clases (enfoque que, por supuesto, no corresponde a una interpretación marxista ortodoxa sino que proviene de la experiencia histórica del movimiento obrero), se corre el riesgo de llegar a percibir todo conflicto social en términos de bien y de mal moral absolutos. (58)

Abundan ejemplos de esta visión en los discursos oficiales (lo que no significa que la derecha o Estados Unidos no intervengan a menudo en formas de desestabilización contra gobiernos progresistas, pero sería tan ingenuo negar esto como creer que todo es parte de una misma megaconspiración). No obstante, pensar en una democracia radical implica aceptar el conflicto como constitutivo de lo político y de lo social, y abandonar los unanimismos con los que sueña el socialismo del siglo XXI (por otro lado, bastante cerrado a demandas de género, de los movimientos LGBT, y más en general, a diversas fuentes de cuestionamientos a la sociedad actual desde perspectivas más libertarias y emancipadoras (59)) así como a pensar lo público en términos no sólo estatales.

.....

En el contexto de desgaste descripto, un elemento de esta nueva etapa es que, si en los primeros años 2000 la izquierda europea miraba a América Latina –ese Extremo Occidente siempre dispuesto a reencantar con sus densidades plebeyas al mundo desencantado del capitalismo posmoderno y pospolítico– hoy parte de la izquierda latinoamericana mira a Europa, y hasta a Estados Unidos, en busca de experiencias inspiradoras. Un desafío para

58 Saint-Upéry, “¿Hay patria para todos?...” , *ob. cit.*

59 Pablo Stefanoni, “La nueva derecha andina”, *Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín, 2015.

las izquierdas es poder pasar a dar batalla en escenarios menos épicos y más normales, con menos certezas de victorias finales y más energías puestas en el “movimiento” de las reformas; más comprensivas de los fenómenos socioculturales y menos “enojadas” con quienes progresan gracias a los cambios recientes y más tarde votan por la oposición; con menos salvadores e ilusionistas y más proyectos colectivos capaces de articular realismo y capacidad transformadora. En el tono campechano y carente de cualquier dramatismo del ex presidente uruguayo José Mujica: “Si a la izquierda le toca perder terreno, que lo pierda y aprenda” (60). Y, desde el Estado o desde el llano, el desafío parece hoy pensar en un “programa de transición” que, a diferencia del pasado, no conoce el punto de llegada; una nueva vuelta de tuerca, menos binaria y más dialéctica, entre reforma y revolución, cuando hacer reformas parece ya tan difícil como hacer revoluciones.

.....

Interrogante final: los anteriores triunfos del neoliberalismo y del posneoliberalismo se vivieron con cierta “ingenuidad”. Pero ahora está fresca tanto la memoria del primero como del segundo, con sus luces y sus sombras en cantidades variables. En ese marco, ¿entrará la región en un nuevo ciclo “privatista” tras el “nacional-popular” o se procesará algún tipo de síntesis o tercera vía superadora? El interrogante queda abierto, quizás para un próximo libro de esta serie. Lo cierto es que, como dice Perry Anderson en un ensayo reciente titulado “Crisis en Brasil” (61), la “excepción global” que representó la experimentación sudamericana de estos años parece estar llegando a su fin.

60 Ramiro Pellet Lastra, “José Mujica...”, *La Nación*, Buenos Aires, 19/3/2016.

61 En *London Review of Books*, Vol. 38, Nº 8, 21/4/2016.

¿Por qué retrocede la izquierda?

Se terminó de imprimir en el mes de julio de 2016
en Gráfica MPS, Santiago del Estero 338, Gerli, Lanús,
Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Opcional con *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

Distribuye en Capital Federal y GBA: Vaccaro, Sánchez y Cía. S. A.

Distribuye en interior: D.I.S.A.